Lunes de Revolución

Septiembre 14 de 1959
número 26



Dibujo de Samuel Feijoo, solicitado por Ballagas para la portada de su revista.

número especial

HOMENAJE A EMILIO BALLAGAS

(1908–1954)

con textos de:

josé lezama lima
regino pedroso
virgilio piñera
cintio vitier
roberto fernández retamar
loló de la torriente
samuel feijóo
pablo armando fernández
julio matas
cleva solís castañeira
roberto branly
raimundo fernández bonilla
heberto padilla
pedro de oraá
carlos m. luis



INVITACION A LA MUERTE

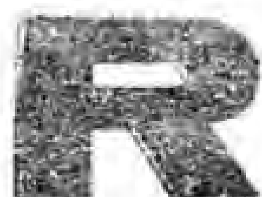
APAGA, Muerte, esta indecisa llama
de aletear tembloroso de falena
y pon sobre mi frente al fin serena
la luz tranquila y la desnuda rama.

Que si yo ardí, querer que se derrama
en mentira carnal y estéril vena,
por la verdad en tu reloj de arena
soy ora la humillada voz que clama.

Busca en mi sangre la raíz dolida
donde la espada de tu arcángel, fiera,
divide el alma de su tosco velo.

Sea la mejor parte conducida
de oscura cárcel a la luz duradera,
que el que pierde la tierra, gana el cielo.

Director:
Guillermo Cabrera Infante
Sub-Director:
Pablo Armando Fernández
Emplanaje:
Jacques Brouté



Esta edición quiere rendir homenaje a la persona y la poesía de Emilio Ballagas, a la persona que historió esa poesía y a la poesía que creó esa persona. Porque entre poeta y poema hay una obra de mutua creación, de permanente discernimiento, algo así como el proceso definidor de la planta y el paisaje. Ambos se implican y se dicen. La operación mágica de transformar palabra en poesía tiene su correlato misterioso en la conversión del acto creador en persona, en poeta, en hombre. Aunque en un orden más trascendente la poesía sea esencialmente anterior a la palabra, del mismo modo que el hombre precede en todo sentido a su propia creación. Hablamos de la singularidad de estas relaciones. De todos modos, se opera una confusión en la cual el hombre, el poeta, se niega, se anonada, se pierde en el laberinto de una creación que le es en cierto modo ajena.

Es en esta confusión, en esta definición obrada hacia sí mismo, que se hace preciso buscar a Emilio Ballagas. Y hallar que una forma de amistad integraba grupos de palabras e inteligencias verbales, modos de pensamiento e imagen, rigores y libertades. Y de igual manera las metáforas, los encuentros insospechados con una palabra dicha castamente se abrían a otras formas de amor, otras exigencias, nuevos dolores y consolaciones. Podría decirse que en Emilio Ballagas estaba prefigurada su poesía y que en ésta se anticipaban sus grandes conversiones. El era hijo de la poesía, de su propia poesía; todo Ballagas está implícito en el más pequeño, en el menos amado de sus poemas; cada poema es un milagroso hallazgo de si mismo. La persona humana de Ballagas y sus poemas, tan carnales y tan castos, terminan en una idéntica persona integral

"Yo he descubierto la poesía", decía. Y era verdad en su sentido más amplio, porque todo poeta ha de hallar cada día con la manquedad de nuestros mejores sueños, el amor de las cosas, y su ritmo y su nombre personal e intransferible. Y el poeta de "Júbilo y Fuga" sabía nombrar, y lo hizo, arrancando los nombres de sus propias entrañas.

R





En la provincia, niño todavía.
"con el fuego sagrado de la vida."



La Habana fué un total reconocimiento.
"que la calle sanó sus dolores"

josé lezama lima:

GRITEMOSLE: ¡EMILIO!

Porosidad, piernas cruzadas en el sueño, rocio, nadada de una respiración, lo que aparece o se borra mientras cerramos los ojos, y un enredarse como el niño, para desenredarse en el quiero *inocentón* de los ojos perplejos, estaban como pellizcados, luego de una grañ onda que descansa, en el sobresalto moroso de Emilio Ballagas. Recuerdo la manga de su camisa cubriendo la mitad de la mano. La mano nerviosamente cerrada como para ocultar la transpiración, cepillada incesantemente por el pañuelo, que a su vez parecía que rompía el provinciano estreno de sus cuadrados. Y ahí el comienzo de su magia infantil: el pañuelo estrujado y que, no obstante, parecía inaugurar el peinado de sus losanges. Luegos sus fingidos asombros, cuando decía o escuchaba, en un *Oh* artificial, seguido de alguna referencia a un verso, entrecortado por hechos o situaciones bruscamente destapadas. Los cambios del color de su rostro, testimonio de una sangre que se irregularizaba, como para irle preparando su muerte, mostraban sus sensaciones sin defensa, los tajos graciosos de una voluntad que preparaba una tela de araña, para irse adormeciendo en su centro infantil, mientras el maestro que lo perseguía se sienta a la entrada de la gruta, sacude la arenada levita, y comienza de nuevo a buscarlo por las playas, donde, naturalmente, no está.

El misterio de la circulación de la linfa, misterio de un círculo que se apresura en el sueño, que gana el tiempo del río, con el movimiento de los ramajes que entintan el sueño. Movimiento de la clorofila en los árboles, lenta, rápida, inapresable, pero que allí es la sangre, donde la sangre agotó su expiación. En el poeta la circulación de la linfa, *sentire cum plántibus*, es la puerta donde toca levemente el río como último camino. El río es el conductor. En el poeta la linfa le regala la melodía del vegetal y de la muerte. Por la circulación de la linfa el poeta sabe de dónde viene y dónde se extingue. Entra en el vegetal, en la secreta conducción del río, siente la cercanía de la resurrección, adivina que su sueño transporta su cuerpo como una marea. Hasta que lo deposita en un banco de arena, donde su otro cuerpo, el que se enriquece con el galope de la circulación de la sangre, lo retoma para anegarse. Si hiciésemos ahora un corte en el cuerpo de la poesía de Emilio Ballagas, observaríamos que su linfa es en extremo espejeante, muy rica, apresurando su lentitud hasta el máximo, donde la voluptuosidad se vuelve diseño reminiscente.

La unidad formada por la poesía y la muerte, ahora en el Ballagas total, que es la otra poesía, que vuelve para tironear del curso de la imagen en el valle de Proserpina, nos dan una nueva aproximación de su poesía, donde la delicadeza órfica de las dos esferas se impuso, después de un laboreo secreto, muy henchido de pausas, a la gracia humana del disfrute inmediato y del juego popular, pues ahora la imagen que él nos envía está dentro de las evaporaciones, de una sucesiva blancura, de las palabras de Shelley:

But in their speed they bear
(along with them
The waning sound, scattering it
(like dew Upon
the startled sense.

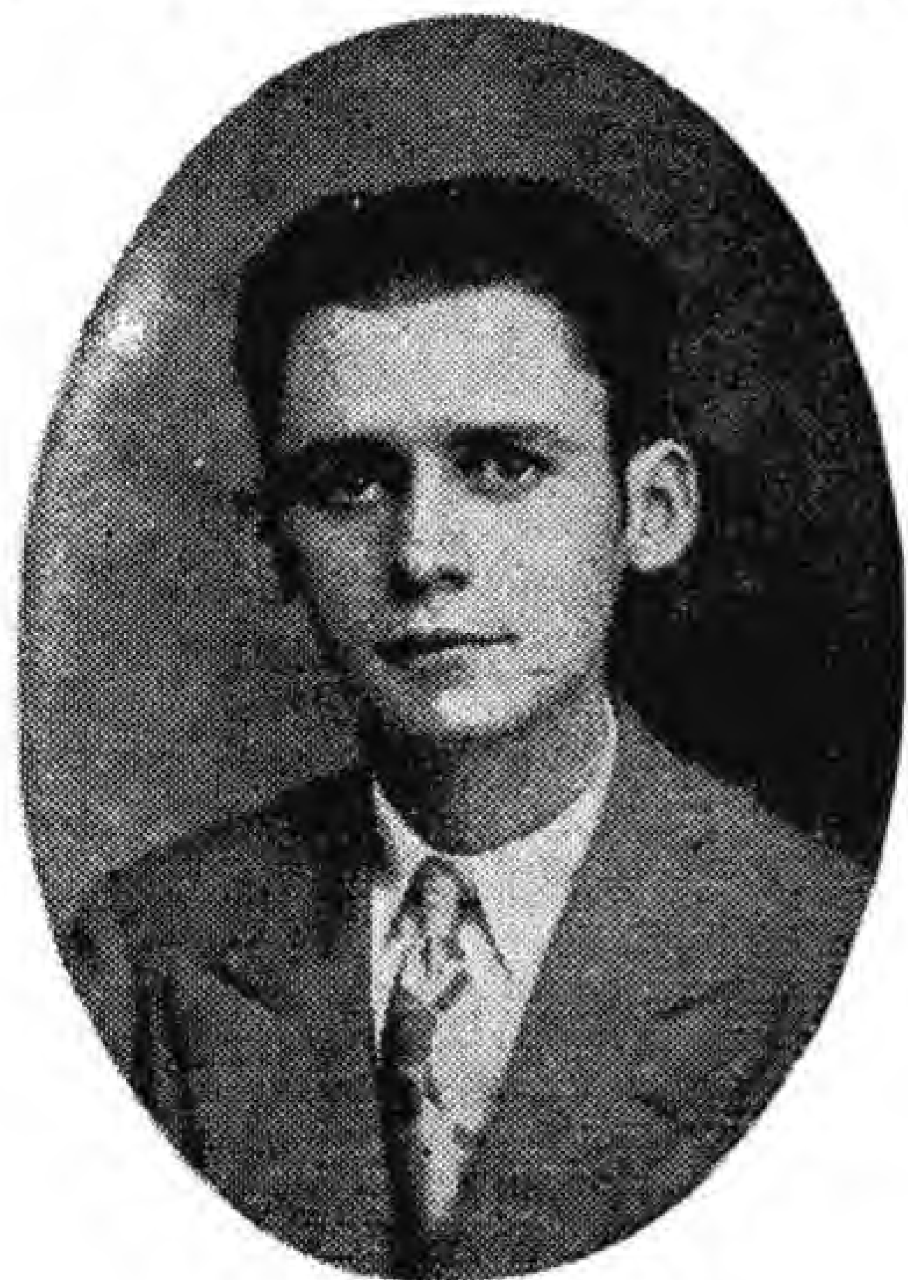
En la muerte el sumergido sonido sigue enviando como un rocío sobre el inquieto sentido. Los dones que obtuvo y los que le fueron regalados, unos traídos por el misterio y otros por la invocación y el trabajo, podían rendir su ocupación tanto en su presencia, lentamente acorralada, como en su ausencia, súbitamente melodiosa. La levedad de un sonido, muy pronto metamorfoseado en rocío, cayendo sobre los sentidos predipuestos y atentos como un ciervo, pertenece a la cualificación de una forma, que lo mismo rigió en su vida que en su muerte.

Desde la adolescencia, regada con abundancia de diminutivos y tías, podía lograr la localización de un verso memorable. Por ejemplo, en su poemita *Yo, Alfarero,* destaca de pronto un verso nítido y crecido, mientras el resto del poema se anega en la panoplia de un vanguardismo provinciano (1929). Ese verso bastaba para ser el poema: "Obrero todo albo". Está ganado frente a distintas acometidas de lo admisible y gobernado, rechazadas con gozo de fiebre dulce. *Obrero todo albura,* podía haber dicho, y sería un fastidio de habitualidades. *Obrero todo blanco,* hubiera sido una pinta de tediosa estampa dominical. *Obrero todo alba,* un cómodo principio de himnario. Pero dice: *Obrero todo albo,* con la colocación pitagórica de sus vocales, con su misterio de playa mediterránea y ectoplasma de medianoche tropical. Sencillez de sentencia eficaz, cara a las definiciones tomistas y a las crepitaciones de Manley Hopkins.

Su poesía partía, a veces, de apoyos reminiscentes, pues casi todo lo que le gustaba en el arte del verso acrecía su memoria reproductora. La "Elegía sin nombre" partía de Cernuda, pero mientras en este poeta, la obra inicial de la de Ballagas se diluye en el conjunto de su obra, en Ballagas cobra la decisión de una fatalidad. En su soneto "Bailarinas", se le ve recordando los primeros versos de *Las Abejas,* y los últimos del soneto *"El vino perdido"*, ambos de Valéry. En ese ejercicio el centro del soneto de Ballagas, cruje presionado por la arquitectura maestra adquirida por un gran momento de la palabra francesa. En esa desigual competencia, en que el riesgo para Ballagas era tan numeroso como seductor, obtiene de pronto un tanto ricamente excepcional: "En júbilos creced-bajo la lluvia, jilguerillos", aplicado a unas bailarinas, es un situarse de su persona, en el extremo de una calleja difícil, pero dominando una retaguardia vigilada por el pulso y visitada por

la gracia. Nos revela ese rocío sobre los sentidos, ganado con los ojos cerrados, que él necesitaba, es decir, la gracia de esa metáfora está en ese trueque, bajo la lluvia, de las bailarinas en jilgueros.

La lucha de su Eros con la Ananké marca uno de los momentos esenciales de su poesía. En su primera elegía, a la que no le puso nombre, la frustración del amor es equivalente de la muerte. La reminiscencia de la forma, reconstruída en la desolación, no basta a suprimir el reto de la imagen esquivada. Pero fue mucho más tarde cuando Ballagas logró habitar de símbolos la sombría morada del fuego y del vacío. El hundimiento en la otra elegía, marca las metamorfosis y la muerte en vida como castillo de resistencia. Al final de esos accidentes del Eros que conoce y que lucha con la fatalidad, esbozaba ya, en el poema en que busca tenazmente una definición del amor, la búsqueda de la Forma que entraña la suprema esencia. En ese momento de su vida existió como una larguísima pausa. Después empezó la lucha de sus sonetos últimos, que sería su último combate poético. Ya en esos sonetos se inicia la supresión del espejo, que conoce la lumbre derivada, para mirar cara a cara en los enigmas. Ahí, su *logos* formal lucha con sus visiones, con los lebreles acorralados, con la precisión de la muerte y con la búsqueda de la reciprocidad del encuentro de la gracia con la caridad. Los caminos de Dios hacia el hombre los esperó profundizando su palabra. Vió fluir la ternura de lo divino como una sangre, como una sangre que levantará las raíces y los ramajes del árbol que le dará sombra la interrogante y perdurable gracia de su poesía, más allá de la sombría morada del fuego y del vacio.



Alfarero que trabaja
"el barro de mi canto el barro de mi vida".

VIENTO DE LA LUZ DE JUNIO

Para Aurora Villar Buceta.

LLEVAME por donde quieras,
viento de la luz de junio,
—remolino de lo eterno.

¿A dónde?
Si ya he ido, si ya vuelvo.
Si ya nada quiero, nada;
ni lo que tengo, ni aquello
que estuve soñando ayer.
Ahora por no querer y no saber lo que quiero
lo quiero todo... ¡Qué júbilo!
¡Qué beato ahogarse en tu oleaje!
Soy como un niño que estrena
la pura emoción del Quiero.

¡Ay, la espuma, lo lejano
y aquellas voces, naranjas
—tacto, color y fragancia—
que se mueven en las frondas
como sorpresas redondas!

Llévame adonde tú quieras
—tú me ciñes, tú me vences—
que ahora me rindo dócil,
a tu voluntad viajera,
luz de jugar y de huir...

Llévame, llévame, llévame
a secuestrarme en lo eterno
—ansia, oleaje, grupa, crin—
viento de la luz de junio

Emilio Ballagas



Fueron los días de la alegre fuga.
"—obrero todo albo—"

virgilio piñera:

PERMANENCIA DE BALLAGAS

Tratemos de establecer lo que significa Ballagas en la poesía cubana. Creo —sin que tenga necesidad de intercalar la aclaración "salvando las distancias"— que a Ballagas se podría aplicar la frase de Hugo sobre Baudelaire: "C'est un frisson nouveau"... No encuentro mejor definición, captación más efectiva que esa frase corta, precisa, concluyente de Hugo, y, por supuesto, plenamente confirmada.

En seguida pongamos que Ballagas se ubica en esa fila de los "pequeños grandes poetas". En un ensayo, Edmund Wilson habla de los "minor writers". Sería error traducir el término por escritores menores. Se trata más bien de pequeños grandes escritores.

Por último, (por supuesto trataremos de profundizar todos estos aspectos) Ballagas tiene un lugar destacado en la poesía latinoamericana.

Cuando nuestro poeta publicó su primer libro de versos —"Júbilo y Fuga"— ciertamente La Habana no se "alborotó". Un joven poeta de Camagüey llegaba a la capital con su librito de versos bajo el brazo. (De paso diré que este fenómeno del joven de provincias con su librito bajo el brazo es todo una "constante" y sería muy divertido hacer una estadística). En ese librito, —que no es despreciable pero que al mismo tiempo no es apreciable— Ballagas se limitaba (creo que es el verbo exacto por cuanto nos deja ver que el poeta sería capaz de desbordarse) a jugar con las palabras. ¡Y cómo se divirtió Emilio escribiéndolo, y cuanta pasión de juego puso en él! Es un jugueteo constante desde la primera página a la última: el "viento de la luz de junio" se mezcla caprichosamente con las naranjas, "que se mecen en las frondas como sorpresas redondas". Y el clímax lúdico, su exasperación, alcanza su punto alto en el poema de "La Jícara". Ha sido tan dicho y redicho, ha servido a tanto recitador —excelente, mediocre o infame— que no tengo necesidad de refrescar la memoria al lector. En suma, todo parecía anunciar que tendríamos un poeta más, nada sobresaliente, con "audacias verbales" procedentes de la firma Brull, con resabios del primer (y nunca segundo, tercero o cuarto) Florit, y claro está, con las hipóstasis obligadas de programa de los poetas franceses de ese momento y de antes de ese momento.

Conviene aquí detenerse siquiera un instante en la poesía cubana que se hacía por ese entonces. ¿Qué teníamos de "activo" poético? En verdad, nada de que pasmarse: poetas discretos que estaban bien, que podían ser leídos sin tirar el libro, pero tan sólo eso. Estoy tratando de limar asperezas pero no queda más remedio que decirlo de una vez: no contábamos, desde la desaparición de Casal, con ningún otro pequeño gran poeta. Sin duda, estaba Rubén Martínez Villena —caso mayor en nuestra poesía— pero la maldita tisis iba a interponerse entre él y su obra. ¿Qué quedaba entonces? ¿Los poetas coetáneos de Rubén? El tiempo nos permite una perspectiva segura de María Villar Buceta, de Ramón Rubiera, de Regino Pedroso, de Juan Marinello, de Rafael Esténger, de Enrique Serpa, de Andrés Núñez Olano (este último tuvo la valentía de decirme hace poco que había decidido dejar la poesía porque imitar a Valery a la perfección no bastaba).

Por fin Ballagas conoce en La Habana a los poetas llamados de la "Revista de Avance". Entre ellos está la potencia enemiga, ese poeta del cual todos esperaban todo, y del cual ya se hablaba, *sotto-voce*, en el sentido de tener en muy breve tiempo a un gran poeta. Naturalmente, Ballagas se hace amigo de Florit, por el momento es su discípulo y rendido admirador en espera de salirle al frente y ver quien canta más alto. En este punto hagamos un paréntesis. En arte quien no se arriesga no cruza la mar. Es un lugar común pero de vez en cuando conviene echar mano a los lugares comunes. Y se lo aplico a Florit. El perfeccionó una forma (esto es positivo) pero no fué más allá. Se instaló en la misma, y semejante a esos amanuenses que nos hacen encantadoras figuras con una pelota de

arcilla, la cual forman y deforman a voluntad, su expresión poética siguió siendo la misma de los comienzos. A esto se llama regodeo, pero el alma pedía otra cosa. Aclaremos: no es posible que la pedrería vaya por un lado y el alma por el otro. Florit se hacía cada vez más lujoso, más estatuario, marmóreo y perfecto, pero todo eso era en detrimento de unas furias que inútilmente pugnaban dentro de él por dar los grandes gritos. Pasados treinta años, uno dice: ¿Y dónde está el hombre en estos versos? ¿Por qué me suenan falsos? Cierto que han alcanzado una rara perfección, no menos cierto que la sensibilidad ha tocado aquí una de sus cuerdas mejores, pero, con todo, no logro escuchar los gritos, han sido acolchados —acolchados por la belleza formal—, de gritos se han convertido en suspiros, y para eso en suspiros quintaesenciados, no se advierte el menor rastro de los efectos devastadores de una pasión, y si ella azotó una vida, el autor la sometió a una alquimia tan absoluta, que de la misma sólo aspiramos su perfume pero no sus miasmas.

Mas volvamos a Ballagas. Después de coquetear con la poesía de Florit y hasta imitarla un poco; aún cuando seguía afirmando que Florit era nuestro gran poeta, Emilio se apartó bruscamente de todo eso. En 1936 (año en que lo conocí) hizo una visita a Camagüey, donde yo residía. Una noche, después de cenar en casa, yo le mostré un poema, parece que muy alambicado, muy hecho. Dando golpes a su pierna con el papel, me dijo con inesparada vehemencia: "Pero, aquí, ¿dónde estás tú, Virgilio"? Entonces me habló de "Elegía sin Nombre", insistiendo todo el tiempo que en dicho poema él habia puesto su cuerpo y su alma. De pronto citó, muy emocionado, el verso final de un soneto de Sor Juana: "Mi corazón sangrando entre tus manos"... Pasó un año y medio. Yo me fuí a vivir a La Habana para empezar mis estudios universitarios. Un día nos encontramos, y cuando previa cita volvimos a vernos fué para entregarme "Elegía sin Nombre". Entonces me dijo, mientras me lo dedicaba: "Ahora estoy bien metidd en el sufrimiento". Y añadió: "Si cuando ya no exista a alguien se le ocurre escribir sobre mí por lo menos no me echarán en cara el sufrimiento".

Con ese poema (con los demás que siguieron) Ballagas comunicó a la poesía cubana ese "frisson nouveau" de que hablaba al principio. No sería excesivo ni tampoco desatinado afirmar que La Habana entera se sóbresaltó y se conmovió con la "Elegía". El lector puede imaginar en este punto el número de poemas que a diario ven la luz pública o cualquier otra clase de luces, y consecuentemente también puede imaginar su poca o ninguna resonancia. El público puede hacerse lenguas fácilmente de una obra de teatro, de una canción, pero ¿de un poema? No es tan fácil. Cuando digo La Habana entera, se comprenderá que hablo de las cien personas que en esta ciudad tienen algo que ver con la poesia; pero aún así no es cosa frecuente que un poema "quede" encajado de manera definitiva, nos alborote y nos conmueva. La "Elegía sin Nombre" cumplía con todos los requisitos del caso para producir este efecto. Para empezar, si el poema no va más allá del poema su efecto se perderá poco a poco como círculos concéntricos que una piedra hace sobre la superficie de las aguas. Por el contrario. Ballagas lograba que su Elegía, propagando más y más sus ondas, alcanzara, como se dice, las fibras más sensibles de sus lectores, ésas que ya no son puramente poéticas o intelectuales si-



"¡Compañero!... ¡compañero!"
Nicolás Guillén y González Marín

POEMA DE LA JICARA

A Mariano Brull

JICARA

¡Qué rico sabor de jícara
gritar: "Jícara"!

¡Jícara blanca,
jícara negra!

Jícara
con agua fresca de pozo,
con agua fresca de cielo
profundo, umbrío y redondo.

Jícara con leche espesa
de trébol fragante —ubre—
con cuatro pétalos tibios.

Pero... no, no, no,
no quiero jícara blanca ni negra

Sino su nombre tan sólo,
—sabor de aire y de río—

Jícara.
Y otra vez: "Jícara".

Emilio Ballagas

SENTIDOS

¡QUE me cierren los ojos con uvas!
(Diáfana, honda plenitud de curvas)

Que me envuelva un incendio de manzanas
y un claro rumor de dátil y azúcar!

Que me envuelvan —presagio de pulpa—
en ciruelas de tacto perfumado...

Inundadme
en pleamar de pétalos y trinos.

Que me ciñan —¡ceñidme!— de eclípticas azules

Emilio Ballagas





"con la palabra inicial y el dulce mañana intacto"



Los buenos días para los amigos
"Con palabras de agua cantaremos la ronda".

no humanas. Con semejante prueba ganábamos para nuestra poesía ese "nuevo estremecimiento", que Ballagas, en poemas subsiguientes enriqueció más todavía. Y es así que para 1939 (año de la publicación de "Sabor Eterno") ya Ballagas es un poeta "distinto" entre nuestros poetas: acaso éstos sean más perfectos, más modernos, más "intelectuales", pero Emilio, les llevaba la ventaja de haberse quemado, de haber atravesado, de extremo a extremo, ese infierno privado que un alma, en la tierra, suele, en muchas ocasiones, fabricarse. Y como decía, ese infierno era el resultado del sufrimiento. Y era también un precio elevado que se pagaba. ¿Quién no recuerda los versos de Baudelaire en *Bénédiction: "Soyez béni, mon Dieu, qui donnez la soufrance— Comme un divin rémede a nos impuretés— Et comme la meilleure et la plus pure essence— Qui prépare les forts aux saintes, voluptés!—*

Ahora bien, Ballagas, instaurando este "frisson nouveau" en nuestra poesía se iba haciendo por efecto del mismo ese pequeño gran poeta, que al principio de esta Nota hube de señalar. ¿Y por qué pequeño gran poeta? Aquí una vez más la muerte nos juega su mala pasada. Es sabido que en varias ocasiones cuando esperábamos mucho de algunos de nuestros mejores poetas la muerte ha venido a interponerse: la muerte se llevó (no hay otra expresión a pesar de su brutalidad) a Casal, a Martí, a Martínez Villena, a René López, a Zenea, a uno de los hermanos Urbach. Aparte de la pérdida irreparable, queda esa otra cuestión de mayor importancia para cualquier historia literaria: pero, ¿y si no hubiera sobrevenido esa muerte prematura, acaso lo habrían hecho mejor? Como no hay que cortar los cabellos en cuatro, prefiero pensar que a más años de vida mayores oportunidades de alcanzar la gran poesía. En el caso de Ballagas (que muere de cuarenta y siete; para muchos cubanos una edad casi senecta) todo hacía pensar que su poesía, con el decursar de los años, llegaría, según gustan de decir los profesores de literatura, a ese grado de madurez en que uno es, resueltamente (como cuando se asalta a alguien en un camino) un altísimo poeta. Pero como tenemos que conformarnos con lo que Ballagas alcanzó —y lo que alcanzó no había trascendido aún los límites de su historia particular y privada— es por lo que le damos ese calificativo (muy alto, por cierto) de pequeño gran poeta. Y conste que en la historia de nuestras letras los pequeños grandes poetas se pueden contar con los dedos de una mano.

Y esto puede extenderse a toda nuestra América. Si no me equivoco, en el prólogo a la "Antología de Poetas Argentinos", Borges dice:" Al contrario de nuestros hermanos del Norte (cito de memoria) los sudamericanos no hemos producido todavía un Poe, un Melville, un Whitman"... Latinoamérica, me parece que con la excepción de Neruda, ha producido hasta ahora esos pequeños, admirables, milagrosos pequeños, grandes poetas: Vallejo, Huidobro, Octavio Paz, Lezama, Guillén. A su vez, Ballagas, con pleno derecho, forma en esa constelación, y a cada día que pasa, sus poemas son más leídos y su resonancia se va haciendo cada vez más sonora. Leyéndolo, un amigo en Buenos Aires me decía: "Pero, che, ustedes los cubanos son macanudos: tienen a Ballagas y no se dan cuenta". Claro, él como recién se asombraba quería que también nosotros no saliéramos de nuestro asombro. Y es por eso, que a cinco años de su muerte no pudiendo asombrarnos sintamos en cambio conmovidos.

DOS POEMAS A LA MUERTE DE EMILIO BALLAGAS

UN POETA HA PARTIDO HACIA LAS FUENTES AMARILLAS (1)

A Emilio Ballagas, en el país de los helados bambúes

Era el más joven, y ya ha partido.
Mensajero del iris en la región de atmósfera de barro en donde desfallecen sin el vuelo las alas.
Las praderas de sombras, el país de los blancos bambúes, las Fuentes Amarillas,
para sus ojos nítidos ya no tienen misterios.

Hoy junto al kiosco sólo la soledad mis pasos acompaña.
Ya ni su risa, ni su canto infantil, ni su palabra trémula enflorecida de musicales ecos.
Ante el cercano invierno sólo el otoño pálido volando en mi camino conchas amarillentas.

No era el trigal del viento, ni los terrestres ríos, ni la misma ciudad ni las creencias
lo que en el ancho océano armonioso trenzaba nuestras almas hermanas.
Era la luz, la atmósfera impalpable, la clara tierra astral de un universo inexistente.
Apenas si en el breve segundo de la vida pudieron estrecharse nuestras manos;
Pero él se ha ido, amarillo entre rosas, en su hermosa barca de alas insondables,
y hoy se abre ante mis ojos un mar de sombra en tan inmensa soledad que a su sola presencia mi corazón naufraga.

Se alejó con su voz de agua de estrella, de luz de música y presencias irreales,
y la raíz de su voz, su espíritu, nacido en los celajes que alimentan los sueños.
Hoy toco su presencia en la noche infinita de latidos que entre mis dedos dejan amarguras de ausencia.
La helada que comienza mi sendero a emblanquecer ya no es aquella que viera retornar las primaveras.
Todo ha empezado a enmudecer para el blanco silencio: las flautas, las danzas, las manos, las canciones; recogidas en sus ecos, las caracolas líricas...
Qué solo miro en torno amarillear los últimos rosales!
Y uno ha partido, sobre mar espumosa de misterios uno ha partido.
Ha partido ya aquél con quien en el invierno
yo hubiera querido dialogar calladamente sin pronunciar palabras.

Regino Pedroso

(De El ciruelo de Yuan Pei Fu. Poemas chinos, La Habana, 1955)

(1). Fuentes Amarillas. Expresión simbólica con que se designa al desconocido país de la muerte.



Días impacientes.
¿Y si llegaras tarde?...

XXXIII

CUANDO un poeta muere
sus palabras se alzan
del sudario del tiempo
y gravemente cantan.

Las que oscuras yacían
o truncas o gastadas,
se incorporan ansiosas
como lenguas de llamas.

Las que al nacer quedaron
atrás, mal abrigadas,
con el coro se unen
y en su gloria se igualan.

Cuando un poeta muere
su escritura es de espadas:
los poemas de pie
en el silencio claman.

Pueblo llorando al rey,
madres desesperadas,
inmóvil procesión,
friso de las palabras.

Las que nunca llegaron
a colmar la mirada,
majestuosas nos miran
con su radiante carga.

Las que en lívida sed
jadeando se quemaban,
muestran el fruto de oro
en las manos saciadas.

Las que pobres y errantes
por la intemperie andaban,
en el santo calor
las bebidas escancian.

Irreprochable cena;
empuñaduras, alas;
profundo vitoreo;
sola y sonante playa.

Cuando un poeta muere
cómo están sus palabras
con los ojos abiertos,
de la sangre cortadas.

Y cómo con su leche
divina lo amamantan,
y lo acunan y cuentan
sus hermosas hazañas.

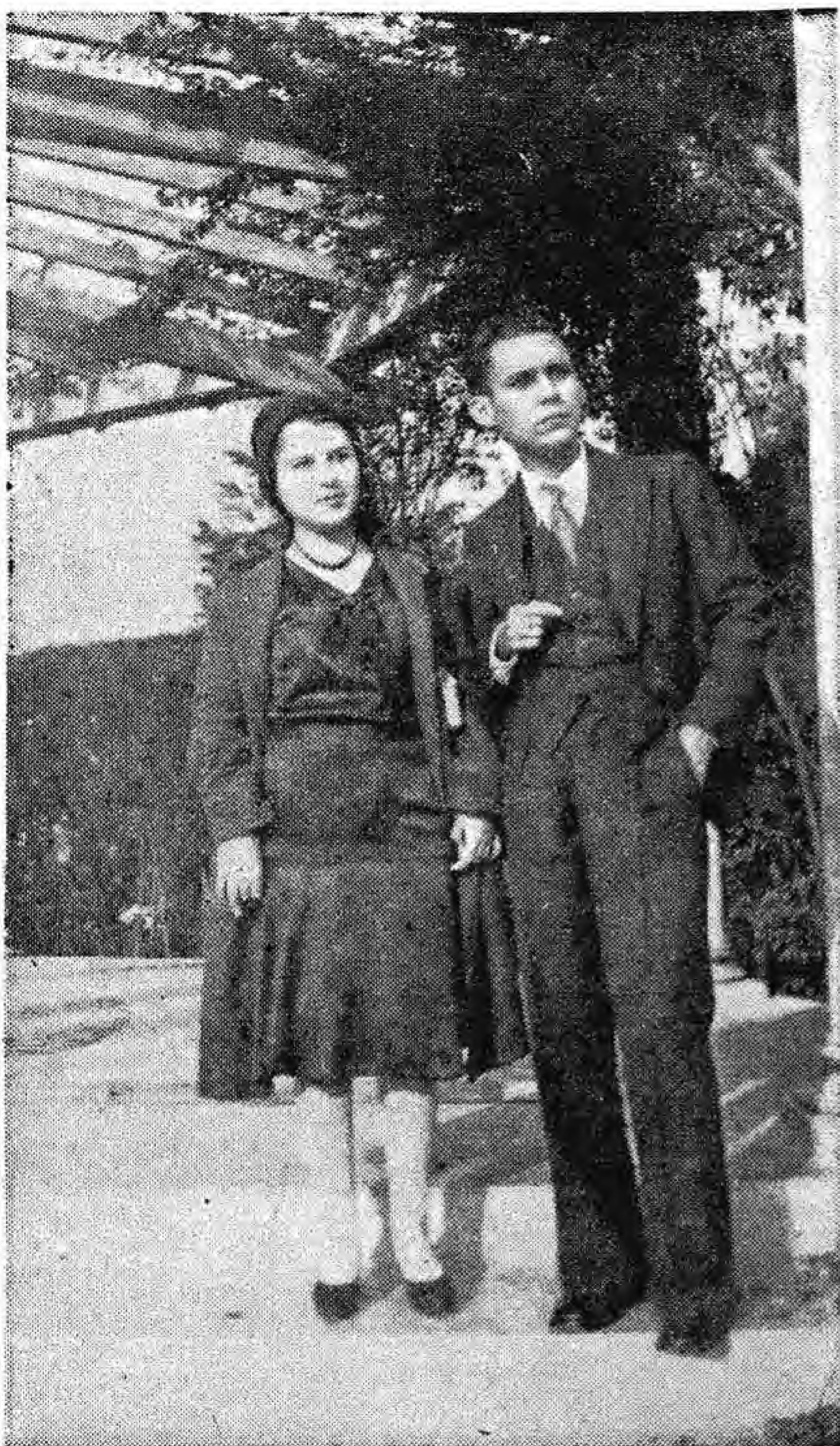
Cintio Vitier

(De Canto llano, La Habana, 1956)





"Yo, mi propia estatua muda".



El poeta y su hermana Alicia.
..."*me trae hasta la orilla de mi primera infancia*"



SONETO INSULAR

Descalza en el umbral de la mañana
naces de un fondo de amapolas rotas
y de ti misma convertida brotas
en geranio, en naranja y en manzana.

la dulcísima brisa una ventana
abre al sahumerio de las bergamotas.
Tú inocente del iris en que flotas
te embriagas de la rosa más lejana.

Pescados rojos, islas de verano
y cifras de calor se dan la mano
en arenas de luz y olas henchidas.

Y un desperezo de palmeras
riza en tornasoladas primaveras
la canción de coral en que te olvidas.

Emilio Ballagas

roberto fernández retamar:

RECUERDO A EMILIO BALLAGAS

Un nombre

Primero fue un nombre, entre papeles del Bachillerato. Motivo de extrañezas, y hasta de chanza. Un día, caminando: ¿qué querría decir eso de "en la pureza de los círculos concéntricos"? Para entonces hojeábamos la antología que hizo Juan Ramón en el 36; la antología copiosa que supimos luego que era apellidada "el granero". Allí estaban los versos que nos parecían raros y que turbaban a los bulliciosos amigos con los que bajaba del Instituto de la Víbora recitando, cantando, maldiciendo, repartiéndonos el mundo. Alguna vez cruzaba el nombre de Ballagas. Alguien, entendiéndolos apenas, se sabía unos versos. ¿Cuáles? ¿"Descalza arena y mar desnudo..."? ¿O era más *fácil* la "Elegía María Belén Chacón"?

Un poeta

Ya nos había visitado la muerte y uno de nosotros, el mejor, no bajaba del Instituto; ya estábamos para dejar sus aulas, y no producía sino admiración y respeto el nombre de Emilio Ballagas. Conocíamos sus libros. Había tenido yo el orgullo de poder presentarme un día, de vuelta de la Feria del Libro, con sendos ejemplares de la *Elegía sin nombre* y de *Sabor eterno*. ¡Este dedicado y todo! Decía la página primera, en una letra casi infantil con alguna rúbrica de más: "A Aida, con mucha estima. El autor". Aún hoy no he podido saber quién es esta Aida cuya despreocupación me permitió la alegría de llegar con un libro dedicado por el poeta al grupo de mis amigos.

Primer recuerdo y otros recuerdos

No recuerdo ahora si fue a finales de 1950 o a principios de 1951, aunque esta última fecha me parece la más probable. Había ido a casa de Ballagas a llevarle mi primer cuaderno de versos. Resultó ser en la misma Víbora, lo que me dió alegría. Estaba en la calle Buenaventura, una simpática casa duplicada al lado como una ostra. La sala estaba atestada de libros, y en la pared colgaba un Mijares. Lo esperé un rato. Me había movido a visitarlo algún comentario generoso suyo, pero ignoraba cómo sería, fuera de los rasgos del retrato que lleva al frente el *Mapa de la poesía negra americana*; y, como después sabría, Ballagas era de esas personas inapresables por la cámara fotográfica. De creer a ésta, sería parecido a Xavier Villaurrutia, tan cercano, también por su obra, a Ballagas. Este ¿sería serio? ¿Jactancioso? ¿En papel ridículo de poeta maldito profesional? No sabe uno cuántas interrogaciones se deja en la cabeza mientras espera en una sala, rodeado de libros entre los que los ojos ramonean. Entró echando a un lado una ligera cortina, y tenía un aire grave casi cómico. Pequeño, muy derecho y envuelto en telas. Padecía alguna enfermedad de la garganta y se había abrigado como apenas lo soporta nuestro clima. Se sentó en una silla que me pareció enorme y pensé entonces que tenía no sé qué de pueril, de quien asume con brusquedad, sin que pueda hacerlo del todo, aire de persona mayor. Pensé entonces (y nunca fui desmentido) que era vulnerable e infantil, débil y bondadoso. Que su poesía le era conmovedoramente fiel.

Se excusó por el atuendo (una fumadora punzó, me parece recordar, con un pañuelo al cuello), me tendió la mano entre receloso y cordial, y me hizo entrar en una amistad que duraría los cuatro años que lo separaban de su muerte, insospechada entonces. Hablamos en seguida de poesía. Pocos poetas me han dado impresión de fervientes lectores y comentadores de poesía —de poesía como tal, no como hecho cultural o de otra índole— como Ballagas. Leía vorazmente revista, libro, folleto o papelón en verso. Memorizaba con facilidad, y le gustaba sentir las palabras. (En el lecho de enfermo en que moriría una semana después, sólo lo vi animarse cuando recordó un cuarteto que procedió a recitar.) Esa tarde nos separamos amigos.

A los pocos días recibí en mi casa (prueba de su generosidad) un recorte de periódico: una nota escrita por Ballagas sobre el cuaderno que le había llevado. Me dió con ello una gran alegría. Volví y volví muchas veces a conversar con él. Y nunca más lo vi con aquella ropa curiosa: vestía con sencillez, casi con pobreza, aunque con pulcritud. Tenía una infalible nota de poeta: no asumía aspecto poético alguno. Se le hubiera tomado por un profesional humilde, por un abstraído que regresa de su oficina. Claro que no al hablar. Entonces se veía que vivía una vida curiosamente fundida con las letras, una vida hecha del resplandor y un poco el engaño de las letras. Que para él, desde luego, no eran tales.

En mis visitas me leía, por ejemplo, sus traducciones de Teócrito (recuerdo "La maga"), de Ronsard, de Hopkins. Me enseñaba revistas y libros que conservaba o que le manda-

ban de toda América. Guardo de él una curiosa colección de *Antenas*, revista vanguardista camagüeyana que acaso fue la primera revista literaria en que colaboró regularmente Ballagas. Pero no todo era literatura. Ballagas se lamentaba profundamente de las censuras —apenas críticas— que le hacían. Le producían un malestar vivísimo. Comunicaba esas pueriles preocupaciones en la conversación amistosa. No quedaban entonces muy bien parados, es la verdad, algunos escritores. No era ésa, sin embargo, dedicación excesiva suya. Alguna vez me dijo que él había sido, junto con Raúl Roa, el *enfant terrible* de la generación de la *Revista de avance*. Pero cuando yo lo conocí, ya estaba más lleno de recuerdos que de diabluras. Evocaba por ejemplo con gran afecto a Juan Ramón Jiménez en su paso por La Habana. Juan Ramón fue para él no sólo el poeta grande, sino el amigo bueno. Un día que vió a Ballagas deprimido, atribuyó su pesadumbre a problemas económicos, e insistió en darle algo de sus escasos fondos. Ballagas devolvió el dinero en seguida, pero quedó conmovido por el gesto. O evocaba sus días de París, cuando había ido a verlo Octavio Paz; y cuando, sentados ambos en uno de los lentos y grises cafés de la ciudad, León Felipe lo desafiaba a ver quién de los dos, Ballagas o él, conocía mejor la Biblia.

Me sorprende ahora recordar qué frecuentemente se mudaba. Lo vi hacer sus bártulos, con su esposa Antonia y su hijo Manolo Francesco, de esa casita en la Víbora a otra también en la Víbora y (pasando alguna vez por la casa de sus padres, en la calles Campanario) a una en Santos Suárez, frente a un hermoso parque. Allí vivía cuando murió. A todas esas casas fui a visitarlo. De alguna manera, de resultas sin duda de esas mudadas incesantes, pero no sólo por ello, su casa, modesta siempre, daba la impresión de que no estaba asentada. Le faltaba algo que no puedo explicarme muy bien: le faltaba reposo, costumbre, la marca de los muebles en el piso. Imagen inesperada y como sin sentirlo del desarraigo, parecía recién empezada siempre. Pero eso no parecía preocuparlo. Se sentaba en la primera silla a mano, de una modernidad un poco sobresaltada; o en un butacón, o en cualquier cosa, abría el libro que había ido a buscar, con algunos papeles dentro, y empezaba a leer, con su voz suave algo cantarina, los versos sobre los que quería hablarme. Entonces no le importaban esos comentarios adversos, ni su situación económica, ni Manolito que pasaba matando a un indio, ni que se había sentido todo el día angustiado. Leía, leía, subrayaba con su voz el verso predilecto, casi siempre un verso a la vez trasparente y suntuoso, y comentaba la palabra precisa, la que descubre y adorna. Tenía marcada inclinación por la poesía de bella factura; pero, para demostrarme que también se interesaba en una poesía más alborotada, me leyó una tarde (y me hizo después llevar conmigo) un poemario de Antonio de Undurraga. No era, sin embargo, su línea más constante de lectura. Junto a aquella poesía bella, gustaba de la alusiva, la enigmática, siempre que se mantuviera dentro de una cierta tersura verbal. Sentía gran atracción por Hopkins, en quien, además del poeta, admiraba al católico ferviente. Escribió sobre él un largo ensayo que conservo. Ballagas era ya él mismo un ferviente católico y, de modo muy especial, un *creyente*. Creer era para él una absoluta necesidad. No había la menor posibilidad de que se volviera un incrédulo. Pienso que había creído siempre en casi todo. Volverse católico no sería para él arribar a una creencia, sino sobre todo lograr desembarazarse de todas las demás; así como el escultor (que él evocaría en mémorable poema) de la piedra enorme hace la estatua: quitando. Tenía la vocación receptiva y sincrética más fuerte que nunca he conocido. Su poesía es un testigo mayor de esto. En los últimos días, esa vocación volvió a despertársele, ante la proximidad de la muerte, que un desdichado accidente le hizo conocer. Abrió una carta dirigida por su médico a su esposa y supo, por esa carta, que estaba destinado a no vivir más de un año. Fue naturalmente un golpe horrible para él. Recuerdo que me lo contó con lágrimas en los ojos. Cuando iba a visitarlo, a partir de entonces, me decía siempre:

—Vienes a despedirte de tu amigo que se va a morir.

Dos anécdotas

No quiero hablar de los últimos días de Ballagas sin aludir a dos anécdotas que me parecen reveladoras de aspectos de su carácter.

Habían ido él y su esposa a comer con mi esposa y conmigo y, de sobremesa, hablando descuidadamente de varios temas, le pedí de pronto que me dijera en qué fecha había nacido realmente, pues hojeando muchas publicaciones para un trabajo escolar que realizaba por esos días, encontraba que no había sobre ese punto un criterio fijo. Ballagas, muy dado a palidecer, lo hizo en ese instante, y se limitó a decirme que en los libros aparecía como nacido en 1910. Palideció más visiblemente cuando Antonia terció en la conversación pidiéndole que aclarara de una vez ese error. El había nacido en 1908, pero desde que Luis Alberto Sánchez lo había dado como nacido dos años después, dejó repetir el error que lo hacía más joven, y hasta se acogió él mismo al desliz, haciéndose nacer en 1910 en su propio *Mapa de la poesía negra americana*. Poco después, con cualquier excusa, Ballagas se marchaba.

Otra vez, ya muy enfermo, Ballagas se dirigió a su supersticiosa sirvienta jamaiquina y le aseguró que, después de muerto, se le aparecería en forma de lagarto. Lo curioso es que —según me contó después Antonia— cuando la sirvienta, muerto Ballagas, hacía el cuento a una amiga, vió que un enorme lagarto la miraba fijamente con "the Master's eyes". El lagarto, concluye Antonia, disfrutó de la gran vida con la sirvienta, por si acaso...

Ultimos recuerdos

Ballagas murió de alguna enfermedad del corazón, de las arterias. No pude dejar de pensar (no puedo dejar de pensarlo ahora) que lo agravaron esos absurdos disgustos "literarios". Lo recuerdo en los últimos días pálidos y demacrado, aunque conservaba su lucidez. Sin que lo dejaran de asaltar momentos angustiosos, se había ido preparando a morir como un cristiano. Lo vi en su casa, en la quinta. El 11 de septiembre recibí el llamado de un amigo anunciándome su muerte, hace ahora cinco años. Lo demás: funeraria modesta, amigos dispersos, discurso, paradójicamente, por un funcionario.

Un gran poeta lírico

Había sido conmovedor saberlo, no sólo un pecador, que eso lo es todo el mundo, sino un hombre

¡Ya es mucho parecerme a mis pálidas manos y a mi frente clavada por un amor inmenso.



MEMORIA POR BALLAGAS

EN LA CLARA estirpe de la lúz con que tú siembras
músicas crecientes al aire suspendidas
—islas delicadas; fresca orilla que perfuma y
limpia el verde suelo de cenizas—,
imagino tu directa, leve voz, Emilio,
o tus versos amplios, húmedos, previstos.

Brotas luego de tus espectrales playas
a la pura llama que te asfixia y regocija:
llevas entre peces, conchas y delgada nube
alas indecisas, como un dulce
germen de humildad; como un
aura que traspasa en plena noche los
silencios que a tu cruz redimen.

Roberto Branly

La Habana, 4 de
agosto de 1959.



París era el centro del Universo.
"Suéñalo con un sueño que está detrás del sueño".

Monticello, la casa entre los pinos y la nieve donde Antonia y su familia aguardaban al poeta que jugaba.



"¡Blanco, blanco, blanco!"
El amor, la amistad, la familia.



SONETO AGONIZANTE

¡AH, cuándo vendrás, cuándo, hora adorable
entre todas, dulzura de mi encía,
en que me harte tu presencia. Envía
reflejo, resplandor al miserable!

En tanto que no acudas con tu sable
a cortar este nudo de agonía,
no habrá tranquila paz en la sombría
tienda movida al viento inconsolable.

Luz Increada, alegra la soturna
húmeda soledad del calabozo:
desata tu nupcial águila diurna.

Penetra hasta el secreto de mi pozo.
Mano implacable... Adéntrate en la urna:
remueve, vivifica, espesa el gozo.

Emilio Ballagas

loló de la torriente:

Emilio Ballagas muerto

VIVE DETENIDO EN EL ESPACIO

1.—Inicial "Traje de espuma, manos de aire delantal de nube".

Entre 1925 y 1930 hace su aparición en la lirica nacional un poeta de cuerpo entero. Llega extrañamente vestido con traje de espuma. Para cantar la inocencia del paisaje desata sus sentidos y estira, en la tarde de anchos vuelos de música, "el pie en el primer estribo del viaje inicial". Ha nacido en 1908 (el 7 de noviembre) en Camagüey y ofrece, en 1931, su primera obra ("Júbilo y Fuga") después de haber publicado algunos poemas en las revistas de vanguardia "Antenas" (1926) y "Avance" (1929). Poeta intimo, acabadito de nacer, Emilio Ballagas es "invulnerable a la ofensa y a todo". Continúa así hasta el fin de su vida (en 1954, el 11 de septiembre) en un oficio de alfarero que modela, con timidas manos, su ánfora de sueños. Su actitud poética oscila siempre entre la opulenta realidad y el acatamiento místico que rinde sus desvelos tras una vigilia de febril angustia. Es joven y sorprende —tal vez con el suave amargor de lo incierto y fugaz— el encanto fragante de una felicidad que engendra en la canción venidera. Es su víspera pero es también su actualidad. Un reproducirse y sentirse vivir en el candor, en la alegria radiante ("la blancura") que acaso ganó con la obsesionante lectura de Jorge Guillén o Pedro Salinas. Por este hallazgo advierte un "mañana intacto" que razona su alegria inicial de "Júbilo y Fuga".

Juan Marinello, a quien es imposible olvidar cuando de Ballagas se habla, saludó en aquel primer libro una "rara distinción" que provenia de su estilo y forma lirica en las que si bien es cierto que operaba cierta influencia de Juan Ramón, y los poetas españoles de aquella época, no era menos cierto que se descubria la sensibilidad de una emoción de "muy depurados quilates". Luchando contra las influencias, y venciéndolas, Ballagas discurria por todo el libro como "una vena de infantil evasión, rica en aciertos verbales y alusiones certeras". Estimaba el ilustre critico que aun en los momentos en que la palabra adquiria el mando embriagando con su materia precisa e ilimitada se sentia fluir bajo ella la sangre de pura emoción estética que pasaba, sin saberlo, por el pulso del poeta. Era un rio espontáneo que fertilizaba secretas llanuras. Un rayo sencillo y claro que no forzaba el intelecto y al que el propio corazón entregaba su luz. Un corazón de niño que manejaba el hechizo corriendo tras la quimera. Su verso lo llenaba y llamaba. Era aurora. Rocio trémulo que humedecia "la cándida eternidad de la noche" entre estremecidos azahares. Entre palomas en fuga.

El poeta se deja llevar por el aire. Vive en el espacio, en sitio desconocido, entre constelaciones de muy raro nombre. Allí oculto goza en "un pleamar de pétalos y trinos". Ha captado, volteando la mirada hacia lo más hondo, un mundo maravilloso. Un paisaje de amanecer que quiere disfrutar con "los ojos cerrados con uva". En aquella primera colección están reunidos poemas de extraordinaria belleza antólogicos ya en la lírica de los paises de habla hispánica. No pierden su fragancia y dan al poeta vigencia universal y eterna.

2.—Impaciencia "Y si llegaras tarde cuando mi boca tenga sabor seco a ceniza a tierras amargas".

Anda impaciente. Un tanto febril. Reservado y huidizo. La atmósfera en que vivia la respirada por todos los poros dándole una presencia ingrávida de ligera voluntad. Era —por aquellos años— un "muchacho" de maneras delicadas y acentuada timidez. De charla breve y andar como a escondidillas de gato misterioso escurrido por los rincones que alumbran sus ojos clarísimos. Eran los ojos lo predominante en aquel rostro bondadoso. Ojos azules (o grises) que miraban con ternura ansiosos, tal vez, de encontrar la comprensión pero remisos en provocarla ó solicitarla y muy complacidos del oculto sendero de sus paisajes interiores. Después los estudios profundos, las buenas lecturas, los viajes, los amigos dilectos, el profesorado (la vida toda, generosa y cruel, maldita y buena) fué modificando su estilo y conducta impartiéndole un aire grávido, aunque sereno, de hombre contagiado con el mundo externo y hasta regocijado de su fiesta y sorpresas. Más comunicativo, un poco aliviado de su sobrepeso, Ballagas pasaba de aquella "demorada blancura" en que recreaban Mariano Brull y Eugenio Florit para pisar otra universalidad hecha de "tensas energías criollas" aportadas por el "elemento negro" que embocaba a la poesía por nuevos senderos.

Es 1934 y "Cuadernos de Poesía Negra", de Emilio Ballagas, corre por

las manos y bajo los ojos escrutadores de los interesados en las nuevas modalidades y los valores étnicos de la cultura americana. El poeta no sólo está adentrándose en "lo popular" como curioseador folklórico. No. Penetra más profundo y con seguro bisturi raja en la entraña de "lo social". Regino Pedroso ha inaugurado un ciclo de "poesia tumultuaria" (De "Salutación Fraterna" a "Nosotros", 1927-1933) pero aunque rozaba, especialmente con "Hermano Negro", la problemática racial no era el oxigeno de su atmósfera que se alimentaba de otros ingredientes de fuerte sabor social sin distinción de raza ni nacionalidad. Emilio Ballagas y Nicolás Guillén son en realidad los poetas que dan tónica y trascendencia al lirismo afrocriollo y "Cuadernos", conjuntamente con "Motivos del Son", cubren el espacio de tránsito hacia el enriquecimiento de la expresión artística nacional.

Ballagas aporta excepcionales valores. Su niño dormido despierta al rumor callejero de lo popular que le revela el secreto fabuloso de las carnes morenas. Su Elegía de Maria Belén Chacón anda a saltos por todas partes 'descubriendo", ante gentes incrédulas ó hipócritas, el oprimido y desigual mundo antillano. La Rumba es una acuarela transparente que ilumina su divina proporción en el ombligo de la negra mientras otros poemas, ("cantos", "bailes", "pregones", "canciones de cuna", "comparsas") ganan para el poeta —y para Cuba— sitio de privilegio en las letras. Aquel "Cuaderno" alcanza máxima significación dentro del tono de "poesia nueva" que ha roto sus amarras con lo español, por un lado, y con lo simbolista y parnasiano, por la otra. Juan Ramón, Guillén y Salinas van quedando un poco atrás. La suspendida voz de Ballegas, extasiada en el aire y sudada entre gente del pueblo, que hacía pensar en los poetas cubanos del siglo XIX, va ganando acento más personal. Su "tropicalismo", sensual a la manera de Diego Vicente Tejera, se va transformando sin perder su esencia cubana mientras Darío y Nervo, Gutiérrez Nájera ó González Martinez han dejado de oirse. El poeta nuevo ocupa su puesto. Está firme y seguro avanzando por un horizonte propio que ha descubierto y le es familiar.

Dos críticos estudiosos (José Antonio Fernández de Castro y Félix Lizaso) consideran que la "poesia nueva" —en Cuba— corre su primera aventura con Rubén Martinez Villena, José Z. Tallet, Maria Villar Buceta, los Loynaz (Enrique y Dulce Maria) quienes venciendo "orientaciones diversas" dan a la lírica de la tercera década cubana su plenitud de armonia, color y sabor. Todavia Ballagas y Guillén no han apuntado. Pedroso discurre por la ruta de Bagdad. Navarro Luna vive en su Manzanillo bucólico. Hubo un nuevo resplendor. Sustratum milagroso de "lo primitivo". Investigadores y etnólogos, criticos y observadores por "lo negro" que hacia furor en el mundo entero y cuya cantera era inagotable en suelo americano. En pintura (Carlos Henriquez y Roberto Diago) el color y la textura recrean en "motivos" nuevos y la poesia, en su más sabrosa calidad, suelta el trapo de las locuras virgenes para echarse, con apasionada vehemencia, en las caderas de una guitarra estremecida de ron. Es asi como Emilio Ballagas —poeta puro— entra descalzo al templo negro ofrendando a su magia el magnifico caudal de su inspiración.

Algunos grupos (o "criticos" enfermos de complejo de Paris) han pretendido negar valor estético a "lo negro" desdeñando aquella fecunda época que desbordó el entusiasmo por el arte autóctono (negro y mestizo) Esta posición es absurda. El estilista que cree ser dueño de la verdad importando la forma exclusiva de la belleza blanca helénica está equivocado. El arte de América (el indio y el negro) es de una autenticidad primitiva y tradicional y hay que verlo con ojos propios y conocerlo, a través de estudios profundos, en lo que tiene de estrato cultural. Por tanto su acervo representa una reserva valiosa tanto en lo poético como en lo estructural de nuestra vida política nacional. Pero más que el conocimiento se precisa la emoción y no puede "sentir" a América, ni amar sus expresiones propias, quienes viven pensando en otros cielos, quienes sin librarse del prejuicio y convencionalismo europeo, se niegan a romper el cerco internacional de nuestros opresores esclavistas (económicos y culturales) aceptando el "arte importado", mediocre y oscuro, que tratan de imponernos.

España primero; Francia, después; Estados Unidos, ultimamente y siempre las corrientes cruzadas que de Europa llegan y se afianza en los fríos dólares de Wall Street todopoderoso, América ha sufrido de una esclavitud espiritual que no redimimos por falta, entre otras cosas, de valor moral. Tenemos miedo de "negar" a Paris admitiendo lo nuestro (que consideramos de infima calidad), tenemos miedo de que nos "tache" Washington y nos asimile a Moscú. Esta cobardia nos ha retrasado más de un siglo en la marcha ascensional de nuestro destino que ya desde comienzos del siglo XIX preclaros hombres señalaron como intimamente ligado al reconocimiento, valorización, preservación y reserva de nuestras propias fuentes y desarrollo de una educación popular basada en la coordinación eficaz de estos entendimientos. Es evidente que las expresiones que enriquecen las artes de la cultura son dinámicas (cada pueblo posee las suyas) y no pueden regirse por un canon único ni depender de dogmas prestablecidos. Cada época, cada momento, responde a un determinado gusto que fluye del quehacer social que en cada hombre se proyecta y matiza para alcanzar a la colectividad dándole su sentido cultural y artístico.

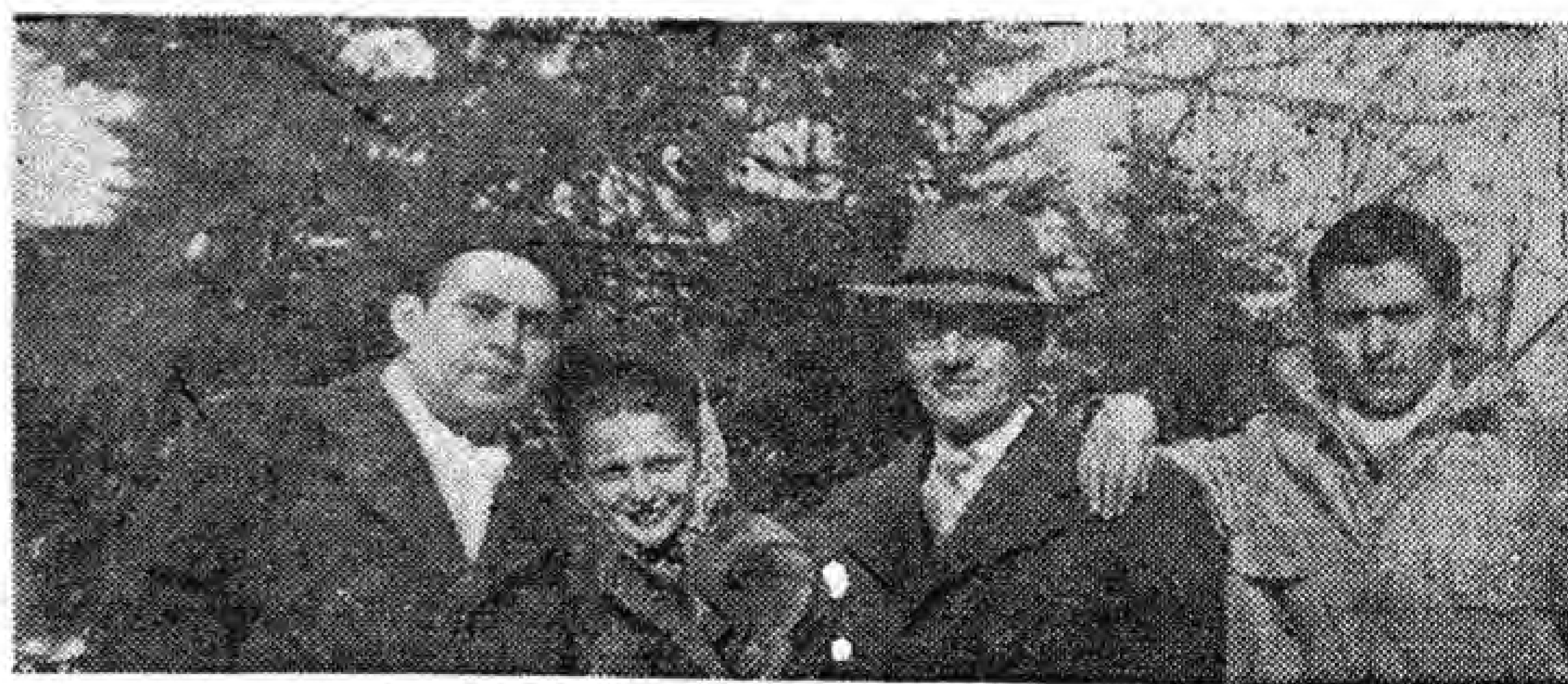
3.—"La mirada sin voz, en el trasmundo. Las manos desterradas".

El poeta regresa a su espacio sin limite ni tiempo. Está solo. Exacto —dice— "sin ventana, ni flor, ni libro en que apoyarse" Tiene, en los labios, el "sabor eterno" (1939) que impregna de Infinita melancolía aquel Retrato que Cintio Vitier no puede olvidar cuando analiza el desamparo del poeta del que ha hecho presa la "tristeza carnal". En esta etapa, final de su vida y su obra, el desamparo equivale al reconocimiento pleno de su vida de pecador. Vuelve Ballagas a la intimidad, esta vez grávida de temores, para anclar definitivamente en una fe católica que le permita hacer de su alma "indivisible territorio", "la plaza fuerte por mi Dios sitiada". Es, entonces, que el poeta dá una nota agónica. La plegaria de su conversión. El salmo a su espiritu. Hace rezos, oraciones, medita y se abisma en la contrición. Como para purificarse canta a la Virgen ("Nuestra Señora del Mar", 1943) que es la típica virgen morena de los cubanos aparecida en la bahía de Nipe, "concha de aurora". Este poema es un recuento lirico de la leyenda católica nacional. Ballagas, en décimas fervorosas, recoge y trasmite el mensaje. En toda su obra, a partir de entonces, hay una especie de repetidas alabanzas que hacen máximo eco en "Cielo

*"Gozoso aniversario **de la fuente** y el cielo!"*



"Pero el amor se multiplica en todo"
Los Monroe: Mr. James C. Monroe y su hijo Jimmy, Antonia y el poeta en el más afortunado de los inviernos.



DE ESTE MODO
homenaje a Ballagas.

QUE HUMEDAD en el claustro donde espero
que vuelvas. Una voluntad de muerte
ronda las cosas que tocaste. Quiero
en la neblina del espejo verte.

Es porque ya no estás que son glaciales
las costas más ardientes, y el deshielo
cubre los breves bosques. Por el cielo,
qué derrumbe de heladas catedrales

bajo la luz del sueño. Qué blancura
sobre las rocas. ¿Estoy presintiendo
que no vas a volver? ¿Estoy creyendo

la voz que escucho? ¿Vuelve tu figura
desde el espejo como la estoy viendo?
¿O es un engaño más de mi locura?

CIRCUNDA EL FRIO todo lo que amabas.
Todas las cosas que tocaste, todo
apareció de pronto de este modo,
extrañando el ardor que le entregabas.

No abri más desde entonces las ventanas.
Los sitios de costumbre, los cuadernos
guardan aún tus ademanes tiernos,
tus saludos de todas las mañanas.

La estatua de tu sombra en el camino
no me perdona. ¿Qué presentimiento
violento te empujó como al destino

y su nave implacable empuja el viento?
Si cuando estás ausente es que adivino
que eres mi muerte y mi otro nacimiento.

severo SARDUY

en Rehenes" (1951) (Premio Nacional de Literatura) y que en "Décimas por el Júbilo Martiano" (1953) revierte en homenaje póstumo a nuestro Apóstol.

Los últimos poemas de Ballagas lo forma "Alto Diamante", "Revelación" (en prosa) y "El Escultor" recogidos por la Revista Orígenes (1953) y escritos pocos meses antes de su muerte. En realidad los tres constituyen "el toque de queda" en que amortaja su propio rumor. Quiere morir en silencio. Sin embargo, no puede silenciar del todo aunque la mirada esté sin voz, en el trasmundo y las manos estén desterradas. Este acabar lo tortura. Anda, sin quererlo, agarrado a lo hondo, queriendo palpar un cielo "prometido". Está en el aire —en el espacio azul— con la misma amarga dulzura de aquel su primer viaje inicial que ahora quiere hacer resignado y humildemente, quieto, para fecundar en un espacio infinito "la canción venidera" que no olvida, ni abandona y decorando va su pecho de poeta.

4.—"Elígeme, Silencio Ya que yo te he elegido".

Cintio Vitier, quien fué su amigo en los años finales, recogió amorosamente su obra para estudiarla y clasificarla. Al penetrar al recinto sagrado de Emilio Ballagas siente que las palabras del poeta lo están mirando y lo que ellas piden es "el recuento de su vida, la aventura espiritual que las sostiene". El crítico, un hombre completo, quiere compartir la experiencia de reeler la obra del poeta con su público amigo y este homenaje póstumo, verdadero y sentido, constituye el más completo estudio que se haya hecho del desaparecido bardo. ("La poesía de Emilio Ballagas", Ensayo Preliminar en la edición póstuma de su Obra Poética. La Habana, 1955). Completando las conclusiones aquí expuestas, Vitier ajusta la órbita de Ballagas en cuatro etapas ("Lo cubano en la poesía", Undécima Lección: El rendimiento cubano de la "poesía nueva": Brull, Ballagas, Florit. La Habana, 1958) que comienzan con el candor para llegar —después— a la sensualidad frutal edénica (de tradición cubana) tomando, enseguida, franco tropicalismo con marcada ingrávidez para extasiarse en el aire del desamparo que trasmite con aquella su voz de criatura indefensa, desarmada, vulnerable. Estas fases (sombra y luz, luz y sombra) nos remiten a un poeta de desesperada tensión lírica que marcha por senderos de "blancura", "sensualidad", "ingrávidez" y "desamparo". Es un andar doloroso, lleno de angustias, florecido de espinas pero que el poeta no ignoraba, ni rehuía, cuando inició su esforzada aventura artística.

Se han cumplido cinco años de la desaparición del poeta. Muerte lenta que él vió llegar. Estaba, en los años finales, en expectante agonía. Viviendo sin vivir, sabiendo que era inminente su destrucción. Era dramático su valor. Fortaleza que llenaba su desamparo protegiéndolo contra la debilidad o la mentira piadosa. Al recordar a Emilio Ballagas apuntamos sus méritos dentro de la lírica nacional a la que dió cuanto de bello y magnífico, noble y puro, posee el alma de un artista. Ballagas es —sin duda— uno de los poetas máximos que ha dado Cuba en lo que va de siglo y tan cubano —¡tanto!— que a fuerza de serlo ha ganado la universalidad.

EXTERIORES

I

Cuál mi ventura? oh mi ventura!
si la mansión del aire me desvive
y respiro su ira pálida inaudible
en la desesperada pobreza de mi mueble.

Desentiendo su claridad veloz, su próspero rocio
de gota dorada no golpea
el párpado cedido a la congoja de la rama en lejanía
y su fruto veraz inalcanzable... inalcanzable!

Pero en mi, en el cristal adjunto
a la ropa confusa de mi ser,
flor negra, el terror leve
al plúmbeo devenir anega los destellos
de tez naciente, su acaso destruible
teme mi amor
al pánico de espacio y nada marina...

Afrontando su envés intenso
me devuelve.

II

Ah repentino quiebro de mi instancia!
Unico
nombre entre el viento en vientos de oceanía
es mi sitial voraz,la brisna espeluznante de mi detenimiento.
Pervivo a la realeza letal que me desboca,
me ocupa en punto de no ser al ser.
Terroso
me repruebo: hundir los firmamentos de mi opaco brazo
en la ruda oscuridad del fango,
flamear su asiento amargo menos cierto
contra vestigio hacia espacial frenético, frenético
sucederme en las ondulaciones
luminarias del sísmico absoluto:
atractivo mordaz en otro yacimiento, para aistir, caer
a su tácito negro, a su ras erudito.
Partito
de mi aferrada palidez convoco
los plenos impregnados en lo ausente, traslimite
de mi respiración, insinuaciones
pisadas de mi igual sobre su astro.
Ah destello lento en transparencia perdidiza,
su nincada hace tardía, su conmoción en sumo
cesa de infinitud, y vespertinos
terrenos en cenizas al amparo
de mi insistencia, de mi hervor se arrumban
en el atónito, y ya transido blanco de la enormidad.

Pedro de Oraá



"Porque el amor es himeneo. Es canto".
Los recien casados en la casa que los juntó.



El Zoológico del Bronx les animaba al paseo y a la sonrisa

DOLMEN DEL HOMBRE INVISIBLE

Hacia la piedra que yace en sus comienzos
hacia la nave que comprende la fijeza de su reino
va el hombre que estalla en diminutos corales
y en sus lejanas alcobas está la última estación.

Su más ciego color es la memoria impotente
así los cofres donde se guarda la sombra de los objetos
(perdidos
se levantan también en el tránsito de sus dias.
Quién vió jamás su estatua de abejas nocturnas?
Quién jamás palpó sus intemporales venas?
Hacia el dolmen del hombre invisible
va la carroza de fuego con silencioso correr
hacia donde el poseído recuerda su historia
y allí llueve la muerte con rostro de fugitiva

CARLOS M. LUIS

LA SUAVIDAD IMPAR A EMILIO BALLAGAS

I

La suavidad impar: gesto invisible
que espiga de tu amor. —claustro exaltado—
de la carne a la llama ha transitado
su infinita señal inextinguible.
Es tu fulgor más arduo y más decible
a interminable voz rememorado;
es tu albaicín de luz excarcelado:
¡sangre en el viento de cristal flexible!

II

Tocaste el sueño del espejo y luego
alzaste el ámbar del misterio asido...
La clara sombra de tu errante apego
tus ríos y palomas ha crecido
al despejado prisma de este fuego,
tu hemisferio de lirios renacido.

RAIMUNDO FERNADEZ BONILLA

pablo armando fernández:

BALLAGAS: AMIGO Y POETA

Lo encontré aterrado; no obstante, al abrir la puerta, me tendió la mano y me condujo a la sala de aquel piso de la calle Campanario que conservó de sus padres. Se sentó en un alto sillón frente a la enorme ventana abierta al balcón y maliciosamente, con ojillos de animalito travieso me dijo que nunca había agradecido tanto una sorpresa.

Después el poeta que dijera que "había inventado la poesia nueva" (para luego añadir consternado ante el asombro y la disimulada burla de los que oian, "que otros vinieron inventándola antes que él") me dijo que esa tarde alguien que venía de Camagüey y regresaba a Estados Unidos, diciendo ser un joven poeta, había anunciado su visita para leerle unos cuadernos manuscritos que apretujaban trescientos sonetos lo que él burlonamente consideraba aterrador. Quiso evitarlo quejándose de sentirse mal, pero el otro insistió imponiéndosele. "Y por Tonita acepté..." terminó feliz. Tonita era la adolescente que conoció en la Universidad de la Habana, la muchacha que reconoció en Nueva York, y la mujer que le acompañó sus días, que le diera un hijo Manuel Francesco, y que estuvo a su lado para verlo bien morir —Por Tonita acepté recibirlo; ella me dijo que le habías llamado a la Escuela Normal preguntando mi dirección, pero el otro había llamado aquí, habló conmigo y me impuso su visita. Como estoy tan mal pensé dejarle una nota en la puerta diciéndole que volviera otro día y no lo hice por ella, que quiso que te recibiera—, del tratamiento respetuoso pasó a un tono de camadería casi familiar— es curioso: imaginé al otro aterrador. Tú no lo eres.

—Por qué? Pregunté ingenuamente.

—Porque no vas para los Estados Unidos, ni vienes de Camagüey, ni traes las manos llenas de palabras escritas. Apenas si hemos hablado de lo que me aterraba, curiosear en las líneas de un joven poeta y discutirlas.

—No le dije que yo fuera un poeta, simplemente quería conocerlo.

—Pero el otro sí.

Estábamos en un Café, ése que se esquina en Reina y Belascoaín. La noche nos había ganado en el andar y en las palabras y era casi la madrugada y ésta se llenaba de otras voces.

Allí conocí a Angel Augier, que él me presentó como a otro poeta llegado a La Habana desde un Ingenio. Porque Emilio, a esa hora, había olvidado que las anteriores trascurrieron entre versos, los suyos y los ajenos, que él recordaba tan fielmente y repetía con una intimidad muy suya. Olvidaba que en su sala de Campanario baja la voz y la mirada había traducido con el libro en la mano, y el gesto suave de la otra, a Keats, a Hart Crane y a Manley Hopkins y que en las aceras anduvo repitiendo a Lorca, *que muerto se quedó en la calle;* y como hubo luna, mirándola, *fijo el ojo del pez nos maravilla*. "Lezama es un extraordinario poeta, ya lo conocerás". Porque él asociaba todas esas imágenes y otras que a menudo repetía al cruzar una esquina, al mirar a un niño, un árbol, la luz, el color, el vino, los vendedores de suerte, de frutas, de quincalla, los ancianos y mendigos, la prostituta y el ladrón, como si una voz mayor se las dictara y como si recién se le revelaran y susurraba; Entiendo muchas cosas que sabia. Podría decirlas. Yo no creo que vuelva a encontrarme con el asombro del poeta, con su desconcierto y su maravilla, los jóvenes que vinieron después parecía que todo lo entendían con la suficiencia del letrado o el profesor de catedra. Emilio sabia sín entender, sabia lo que saben los poetas, aunque él, que dijo tanto y tan bueno, se asustara un poco al decir:

No sé como decirlo.

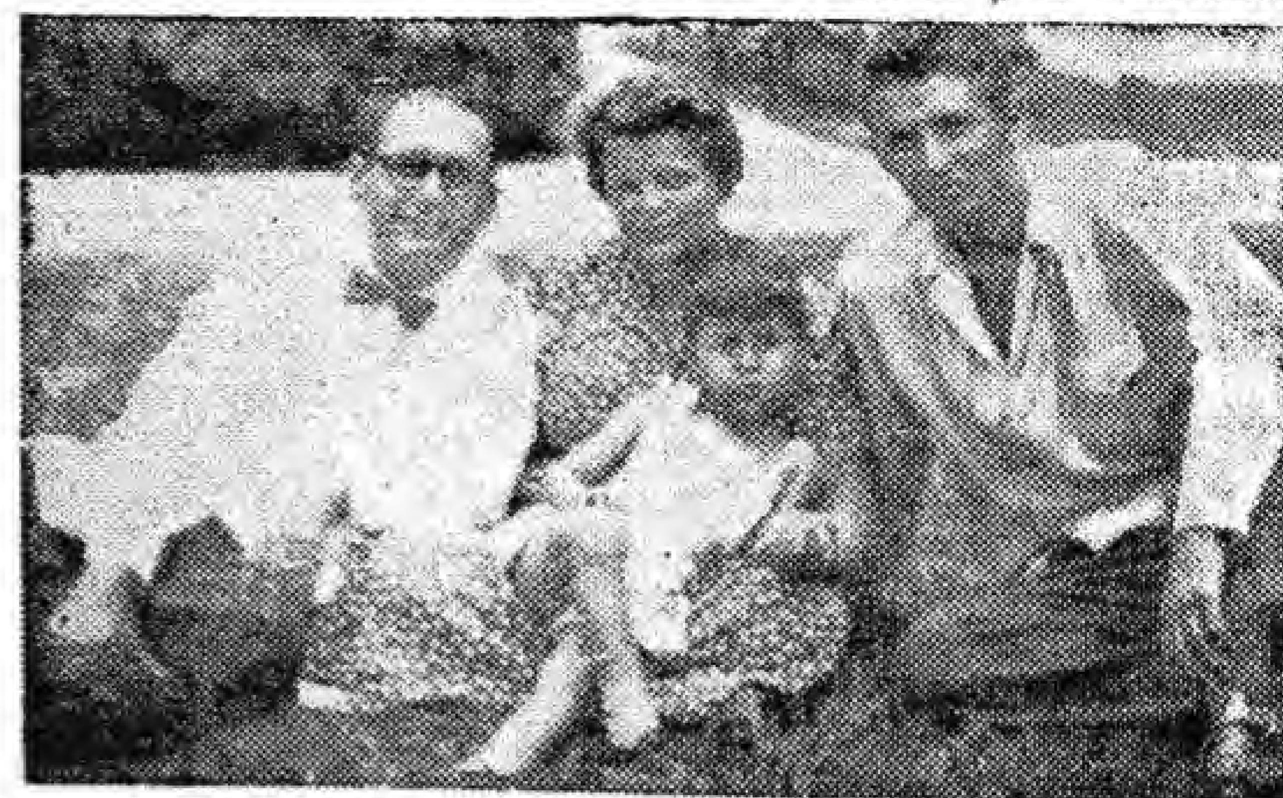
Fue Emilio al primer poeta que conocí y esa actitud y esa mirada sólo la han compartido con él, en el andar y la conversación, Florit y Mariano Brull; y, no es que estuvieran tocados por su época, sino porque ellos también son poetas. Mariano, preso del balbuceo, creyendo que éste era el único modo posible de iniciar el diálogo con la poesía, como los niños con la palabra; Florit, fijo en el cruzar de las horas y sus cruces; atisbando a que la poesía pasara por su lado y él, inconmovible, inmutable por la reverencia y la pasión verdaderas pudiera servirle de testigo y para ellos, los tres, poetas, la fugitiva evadiéndolos; a ratos un centellear de luces que enceguece.

—Tu no vienes de Nueva York, llegas del Ingenio. Vas a conocernos a todos, y te conoceremos.

Y yo no los conocia porque mi primer encuentro con el verso había sido en Nueva York, en una lengua que no era la mía y porque mi primer encuentro con la poesía había sido en "Delicias", —el Ingenio como él decía— entre los árboles del patio de mi casa, en el delantal de mi madre y sus afanes domésticos y su voz llamándonos; a mi que era el menor y que había pasado cinco años ausente. Y esa noche, la primera, hablamos de mi casa y mi padre y mis hermanos y él, Emilio, decía a Vallejo. Y casi se aterra entonces, cuando saqué de los bolsillos un montón de papeles arrugados, algunos mecanografiados, otros escritos en tinta y los más en lápiz, con una letra gruesa y clara; pero esta vez su terror no fue por lo que manchaba tanto papel ajado, que leyó avidamente y con un cuidado extremo dobló y guardó en su bolsillo, sino por lo que él consideraba una gran irreverencia; porque la poesía no debia andar así de

"*¡Cómo nutres de luz a tu criatura— en tanto la devoras!*"

Jimmy les trajo otras tardes, las primeras de Monticello distantes volvían para reafirmarle la dicha de tener a Antonia y a Manolín.



INFANCIA DE BLAKE

MUJER de la lámpara encendida,
ya velaste tres noche. Miras la llama que tiembla
y se achica y sueñas. ¿Quién puede regresar
por el bosque de Saho, entre la ennegrecida primavera
de Lambeth? Antigua que en la hora final
regabas el almizcle para que trascendieran más sus telas,
¿pensabas que otra quemante primavera
inundaria también sus tierras y crecerían allí
el hacinamiento y la desidia, y que un viento más ancho
que la noche destrozaría las tablas en el húmedo alero?
¿Pensabas al volverte, al hablarle del silencio
o el tiempo que era una cosa hecha en el viento,
que sentia esa muda corriente en sus huesos
livianos, viento ni rápido ni suave,
pero tampoco ahogado ni resignado?

SE su temor, girando como tu ala más dichosa,
pájaro de susurro y lamentación.
Es la noche. Ya nadie llama. Pero a través de
la ventana cerrada él oye estallar las vainas
de aquel árbol, y es como si alguien golpeara.
Su más lejano juego se ha llenado de astucia.
El ve, desconsolado, sobre la negra llanura, el humo
de las casas que arden de noche y el paso de las
bestias contra el fuego.

No abras la puerta. No llames.

En la orilla remota un pájaro hunde en su pecho
el pico centelleante. En la orilla remota están gritando.
La última barca se desprende. Al cobarde
hay que dejarlo en la otra orilla. Amarra
ese viento encantado para que no la mueva.
Quiere gritar con la piedra manchada en sangre
de la paloma destruida. ¿No sientes en sus ojos
esa oscura desdicha, sitios que no penetra y ama?

DE repente es la lluvia. Y las ovejas
más pequeñas balan. El viento las dibuja en la
colina, tiritantes.

"Vengan, mis niños, el sol ha desaparecido
y he aqui el rocio de la noche. Vengan, interrumpan
sus juegos hasta que la mañana reaparezca
en el cielo..."

¿NO sientes ese cuerpo, su mantenida soledad
que flota en la caleta de altas aguas, sobre las
garzas muertas ya para siempre pedregosas?
Y el camino del bosque, la cruda, alegre luz
del alba en la resima de los troncos; el cuclillo
cantando la guinalda de robles y de arces
y el ruiseñor que sólo puede ser encontrado
en el Yorkshire y el cuerno del venado y la hoja
verde...?

Eso que cae y cruje, ¿es eso el viento, el agua
entre los árboles, o es sólo el perro destrozando
las ratas muertas en el granero abandonado?

MUJER, deja tu lámpara encendida y abre
la puerta y cúbrelo. Su sueño interrumpieron
los visitantes que a cierta hora se dispersan.
"Buenas noches, señora Blake... Oh, fíjese, esa
escarcha: la primera del año..."
La nieve cubre el techo, crece a la altura del portal
—en Lambeth es así— y en la profunda casa de madera
ya ni la magia familiar, ni el golpe de la lluvia,
ni tus pasos antiguos cuando vienen deshabitando
el agrio terror de la penumbra, podrían consolar
a estos ojos, sino el perro del bosque
levantando su parda cabeza entre los gansos salvajes...

Eso que cae y cruje —entre las hojas húmedas
hace un ruido solitario y enérgico— del más
remoto centro del mundo te señala. Medrosa, detenida
en las puertas más lejanas y crueles. Te asustan
indudablemente esas llamas. No puedes recordar más
que voces dificiles.

Heberto PADILLA

maltratada, debía estar impresa bellamente.

Yo no recuerdo cómo se produjo la despedida, ni a qué hora; pero cuando tomé el autobús de regreso a mi casa del Vedado, sabia que en aquel poeta de mi lengua y mi raza, había encontrado un gran amigo, un viejo y fervoroso amigo de la poesía y los hombres. Y aquella noche comencé a desconfiar de tanta otra gente, escritora de versos y palabras; y tanta otra mezquina y torpe y maledicente.

Ahora dudo que haya otras noches en que la poesía escoja para ser nombrada a quien lo haga con tanta nobleza.

Fuí yo quien volví a buscarle; llamé otra vez a Tonita y luego a él, para decirle que me iba a los EE. UU. Me dijo que "el otro se había ido ya. ayer. Insistió y oí sus sonetos, me parecen admirables. Va a vivir a Philadelphia, es un mulatico muy joven e inteligente, le hablé de ti y me dijo que quería tu dirección para visitarte en Nueva York".

Yo iba a Savannah, a Washington, a Philadelphia y a Nueva York; y, de regreso a Cuba, pasaria por New Orleans. Quiso que le trajera las novelas de Carson McCullers y una Biblia. Volví a verle, esta vez con las manos llenas de palabras escritas, pero no mías.

—Por cuál debo empezar?

—"The Member of the Wedding," aunque "The Heart is a Lonely Hunter" te va a agarrar; ya verás.

—Veremos, resultaría una buena experiencia; hace tiempo que ando suelto, ni siquiera el verso me recoge.

Empecé a conocerlo. Ya entonces le vería con mucha frecuencia, en su casa de Campanario, la de sus padres, que le servía de Studio, donde trabajaba en su obra y en la ajena. Allí pasaba horas traduciendo poemas que el azar ha extraviado. Leía con minuciosidad, siempre alerta, a la caza del antecedente. Si el poeta era joven y encontraba un verso similar a uno suyo, gozaba. Pero si el verso, ese mismo, lo encontraba en un poeta de su generación, escrito con posterioridad al suyo, entonces disfrutaba delirantemente y hacía las más malignas insinuaciones. Lo vería en su casa de Juan Delgado 319, desde donde vendrían sus últimas cartas. Allí vivían Antonia, Manolito y Emilio con pocos muebles y muchos libros. Un retrato del poeta joven y un Mijares adornaban sus paredes. Los libros de Emilio, en un gigantesco librero, separaban la sala del comedor; y los de Tonita, casi todos de autores de habla inglesa, adornaban un rincón de la sala.

A menudo compartiría su mesa. La sirvienta mulata de Jamaica participaba de la conversación mientras servía la cena y él la inmiscuía, preguntándole por una serie de platos jamaicanos, que ella describía con marcado deleite. —El poeta jíbaro Carrasquillo me ha mandado una receta en versos para hacer el mofongo. Leamos a Thomas Merton y a Hart Crane. Tu, Armando, leerás "Mango Tree"; uno de estos días me traes ese poema traducido. Yo traduzco a Keats, Tonita a Merton. Luego, hablamos ambos de Nueva York y del Instituto para la Educación de los Ciegos; donde habían trabajado y relataba los días en que reconoció a Tonita, y sus visitas a Monticello a casa de los tíos de ella. La nieve en los bosques de arces y nogales, la llovizna de Octubre, el viento de marzo, las tempestades ciclónicas del verano. Sus recuerdos de Nueva York estaban sujetos a las inclemencias del clima, a la generosidad de la naturaleza, al paisaje y la atmósfera mucho más que a los hombres.

Emilio, Manolín y Fígaro, el mimoso.
"del plumón de los ángeles— haré tu abrigo".



LA ESCUELA

Hay una llama que no ve La Umbria
(si no es cuando la busca con la mente)
quemando que te quema fieramente
en cuanto sitio ha estado seca y fria.

(Hay un jilguero que no oirá mi tia,
clavada de por vida al excelente
ataúd de terciopelo frío). Hay día
consagrado al vivir y hay un fehaciente

corazón lacerado en la saleta,
envuelto en el sopor de la persiana
caída, que declara la luceta.

Es todo lo que sé, lo que han legado
(no olvido la cabeza pompeyana)
al oscuro bancal en El Vedado.

Julio Matas

1959

DEL QUE ESPERA EN DIOS

NO HA SIDO el viento quien abrió la puerta;
la iumbre esta prendida. ¿Quién estuvo
a la puerta? ¿Y quién su andar detuvo
y prosiguió dejándola desierta

casa en vela, dormidos patio y huerta?
Que no demoraria: amor mantuvo
cena y cama hechas. Aún retuvo
candorosa promesa; la despierta

y solícita mano a recibirle.
La puerta abierta. La cerrada noche.
El creciente fervor de quien aguarda

impaciente, deseoso de servirle
humildemente, fiel, sin un reproche.
leño que espera el fuego que no tarda...

VIGIL CUIDOSO QUE A VERDAD OBLIGA

VIGIL CUIDOSO que a verdad obliga,
si misterio y secreto revelara.
Si la mano anchurosa que prodiga
amoroso sustento dispersara

con suavisimo golpe a la enemiga
tropa; y su gesto y ademán reinara.
Indulgente mirada que castiga,
que austera y rigurosamente ampara.

Si recial de la luz, ¿dónde la sombra?
Si arma de someter, ¿cuál el vencido?
Si ejército y bastión ¿qué rey depuesto?

Golpea, dulce mano, fuerte, presto.
Hiere, desgarra, duele; quien te nombra
prefiere tu furor, ciego, a tu olvido.

Pablo Armando Fernández

—Regresamos por esa horrenda enfermedad de los pies. Antonita no podía hacer otra cosa que atenderme; ten cuidado tú. Válgame la Antonia Robaina. Si vuelves a Nueva York debes llevar contigo por lo menos tres frascos. Esto lo decia y, al recostar la cabeza al espaldar del sillón, cerrados los ojos: *Do not tremble: (who would know a leaf had spoken), Hush! whisper it in my ear.* Los versos de Fred K. Tarrant a quien dedicara aquella tierna página de "Estrofas para un Lirio". Evocaba la casa, que lo juntó a Antonia en aquella luna de miel del Norte, los días en que emprendieron, cogidos de la mano, el largo viaje hacia la vida donde Manuel Francesco aguardaba. Y hablaba de otros días, de aquellos de París, donde se tenían los pies en el centro del Universo y sus días de bohemia y seguidamente comenzaba a hacer planes para el próximo verano; o, tal vez "sea mejor este invierno" y ya estaba enfermo, hondamente herido y destinado al silencio. Fueron aquellas sus horas de reconciliación con los amigos. Escribió a los que había mortificado o desatendido; pidio excusas por sus majaderías o simplemente, se limitó a reanudar una vieja amistad quebrantada por un serio disgusto como si tal cosa no hubiese sucedido. Muchas de estas cartas las comentaba conmigo y contento emprendía otras reconciliaciones.

De los meses de 1953 y 1954 cuando estaba en La Habana, conversabamos; cuando en Delicias, nos escribíamos. Juntos asistimos al Auditorium a oir a Eusebia Cosme, y al hotel donde residia y a un cocktail que se le ofreciera a Eusebia como Homenaje y a otro en que era él, el homenajeado y en la Asociación de Reporters conocería a Cleva Solis Castañeira y a Dora Carvajal. Esa tarde yo le llevaría un poema de regalo y por la noche él me llamó para decirme que debía publicarlo "ese, con otros. Debes llevarselos a Lezama para su revista; hablaré con Cintio". Y yo estuve a ver a Cintio y a Fina con los mismos papeles estropeados, y ellos escogieron un grupo de poemas que es "Salterio y Lamentación" y recibí una carta suya que justifica, ya que no puede salvar, aquellos versos. Y todas esas tardes en el Vedado y en Santo Suárez y en La Habana, su Studio, su casa, el café, el bar entre otros amigos míos jóvenes que querían conocerlo y oirle decir sus poemas con aquella voz suya de poeta y mirarle a sus ojos de poeta y estrecharle la mano amiga y leal de poeta. Cualquier mañana en el teléfono le oía decir "estuve leyendo anoche hasta tarde un libro delicioso; no te voy a decir cómo se llama ni de quién es para no interesarte demasiado en los libros; las más de las veces confunden a los jóvenes", Esa tarde vendría con el libro en la mano y otro más "que encontré y que debes leer". Como luciera taciturno, reticente, preocupado, trataría de distraerlo diciéndole sus versos y el confesaría que el ser conocido había sido su mayor fracaso. Alguien había dicho no sé qué majadería y era suficiente para que anduviera triste, enfermo. Avanzada la noche recobraría el ánimo y comenzaba a repetir como un trabalenguas sus jitanjáforas; reíamos.

—He hablado con el padre Biaín para confirmarte en la religión. Ojalá pudieras ir a hacer un retiro al monasterio de Getshemani. Voy a intentarlo. Armando ¿te acuerdas del nombre de esa espiritista de "Las Parras"? tu tienes que conocerla; cuando estuve en Oriente más de una vez me santigüó. No te he contado todavía de un joven maestro protestante que conocí en Santa Clara, excelente cristiano y cuán devoto! Emilio creía,

creía fervientemente en Dios y en sus criaturas. Muy enfermo, estando en la clínica, nos dijo a Harold, a Manña y a mí que estuvimos a verlo. —Hoy estuvieron unos Rosacruces por la mañana a visitarme. Hicieron sus oraciones y se marcharon; también una mujer de la Iglesia Pentecostal me leyó la Biblia; me gustaba oirla: era sincera. Esta mañana me anunciaron la visita de unos masones. Yo estoy contentísimo; figúrense que *"allá"* me recibirán todos y como yo no se cuáles son los más poderosos, mejor me estoy a bien con ellos.

Y reía como un chiquillo que celebra su malacrianza. Nosotros también reíamos. Emilio era Católico; amaba su Iglesia y la conocía, por eso Julio Herrera Zapata que iría a su casa conmigo una noche, saldría entusiasmado con el creyente respetuoso de su iglesia, y nos diría a Alicia, su mujer, y a mí, "me molestaba que este hombre fuera Católico y de buenas ganas hubiera dicho algo que lo mortificara; pero no pude; un hombre con su fé y su conocimiento merece mi respeto y mi sana envidia.

Junto a Emilio se era siempre un poco niño. La visita o el paseo en su compañia tenían el encanto de los juegos. Un día que almorzé con ellos, me senté a la mesa ciñendo en la frente una corona de laureles que él confeccionó y que Manolito me la pondría. Todo el almuerzo conservé una disposición majestuosa y Manolito, encantado, se divertía.

También el día que le acompañamos al médico, Manolito quiso coronarme y me puso un cartucho sobre la cabeza. En aquellos días su mayor preocupación era el niño. Emilio presentía, y hablaba constantemente de sus viajes, de los que tenía por hacer. Presentía que pronto iba a alejarse, y decía: "en diciembre te veremos en Nueva York. ¿Por qué no te vas a Europa? No es que sea un fanático, pero Europa tiene mucho que dar todavía a una mente joven. Me gustaría ver una zafra. Cuando vayamos a Oriente, iré a tu casa". Estuvo en Oriente, pero la enfermedad no lo dejó llegar hasta mi casa. Fuí yo a verlo. Estaba mal y como empezara a hablar de poesía, de los poetas campesinos, mejoró. Esa noche recitaba a Blake. Sabía "El Tigre", que había traducido, y entonces me habló de Heberto Padilla y de un bellísimo poema que había escrito sobre el poeta inglés y también de las traducciones que Padilla hiciera, hermosísimas. Esa noche se quejaba de tanto talento inédito —inútil decía— que se pierde en Cuba. Rolando Ferrer y su teatro, que él recomendara a la Dirección de Cultura para que fuera editado. Ballagas gustaba de los jóvenes artistas; de conocerlos: a ellos y a sus obras.

En Willys comentaba a Shakespeare, "entre nosotros no se produce esa gran poesía".

—Yo he visto mucho de la grande poesía inglesa en Uds. dije. Por ejemplo, en ti.

—Cómo? preguntó alarmado

—Si, en la "Elegía sin Nombre" anda Shakespeare en aquel verso: Y *frotar nuestros ojos con el zumo de anémonas*. Es el instante en que Titania recibe en los ojos el licor del amor y se enamora de Lanzadera. Ahora, Roberto Fernández Retamar, que revisó sus papeles, ha encontrado una nota al margen con la cita de Shakespeare. Cuando me fuí a Nueva York, lo dejé en cama. "Busca allá a Florit, a Eusebia, a Isabel Cuchi Coll y a Roberto Díaz de Villegas. Emilio era así de pródigo en la amistad. "Visita mis familiares de Monticello. Diles que iré en las "Christmas". Y como yo le pidiera un retrato de los tres, me dijo: "Lo haremos en Nueva York, contigo".

Esperé todo el mes de diciembre pero, Emilio, siete días después de mi partida, se había despedido de *"este mundo tan querido a pesar de tan ingrato"*. Sin embargo, yo esperé en los bares que él había frecuentado, en la Biblioteca Pública de la Quinta Avenida, en los predios de la Universidad de Columbia y en el Instituto para la Educación de los Ciegos. Esperé en cualquiera de las esquinas frías de ira y de violencia, en el metro, en un cine de arte donde exhibían alguna película europea. Estuve esperando hasta encontrarlo. Siempre pude, después del encuentro, estar a su lado, el milagro vino desde Cuba, una preciosa edición de su obra recogida por Cintio Vitier y que Guillermo Cabrera Infante me trajo de regalo. Entonces pude decirle: Hasta siempre, Emilio, ya no nos separaremos.

Sus últimas cartas me sorprendieron. Sólo en tres de ellas habla de su muerte; las otras de marzo a julio no mencionan su enfermedad, ni su dolor, ni su esperanza, en ellas habla de la poesía, del poeta, de la vida y los hombres.

Sea el poeta quien diga:

Querido amigo Armando:— Desde que regresé a La Habana con una licencia de seis meses procuré ponerme en comunicación contigo. Han pasado muchas cosas desde entonces. Yo vine creyendo que la licencia era un regalo inmerecido pero era la antesala de algo trágico y el reconocimiento de mi enfermedad incurable. Abrí un reporte que el médico le mandaba a Tonita sobre mi enfermedad y decia que no viviré más de un año. Desde entonces he variado de médicos pero lo que hay de fondo es que mis arterias no resisten, que necesito un régimen muy severo, que debo abandonar cualquier actividad y dedicar mis modestas entradas a comprar gotas y cápsulas, inyeciones y cucharadas. Nada de esto me place. Mi mujer me acompaña y atiende pero me siento como en un desierto. ¿Qué otra cosa puedo hacer sino refugiarme en la lectura aunque también me ha amenazado un médico con que la vista me fal.e a causa de la propensión a congestiones locales en los ojos? Pues así y todo leo.

Esta carta corresponde al 8 de febrero de 1954, el 19 de febrero escribe:

La verdad debe ser mirada de frente. Me preguntas por mí y te digo que sólo el reposo me mejora relativamente. Me duelo de que en pleno siglo XX, con antibióticos y rayos equis, me acabe yo de un mal descocido como en tiempos del romanticismo. Sobre lo dicho por el médico de Santa Clara; aorta dilatada; arterias y venas débiles en extremo; presión sanguínea dislocada hasta 225 por ahora. Lo secreto del mal está en que no se sabe qué cosa produce la presión elevada. Todas esas especulaciones me importarían un bledo si no hubiera síntomas molestos, pero los hay enseguida que como las cosas más inofensivas y al mismo tiempo, si dejo de comer, los análisis delatan anemia progresiva. Eso es todo.

Comprenderas que no tengo miedo a la muerte y que aquel que ha sufrido y se reconcilia con Dios, nada tiene que temer y sí mucho que esperar. Antonio Machado dijo— "Quien habla solo espera hablar a Dios un día". Y yo he pasado mi vida casi monologando. No, no temo a la muerte sino todo lo contrario, aunque como es natural siento el vago temor de lo desconocido y el instinto de conservación hace que me atienda. Las cuentas de botica se alargan y el dinero con que soñaba viajar se reduce. Además ¿quién piensa en viajar si ya les dí el primer susto a mis amigos es-

MANUSCRITOS

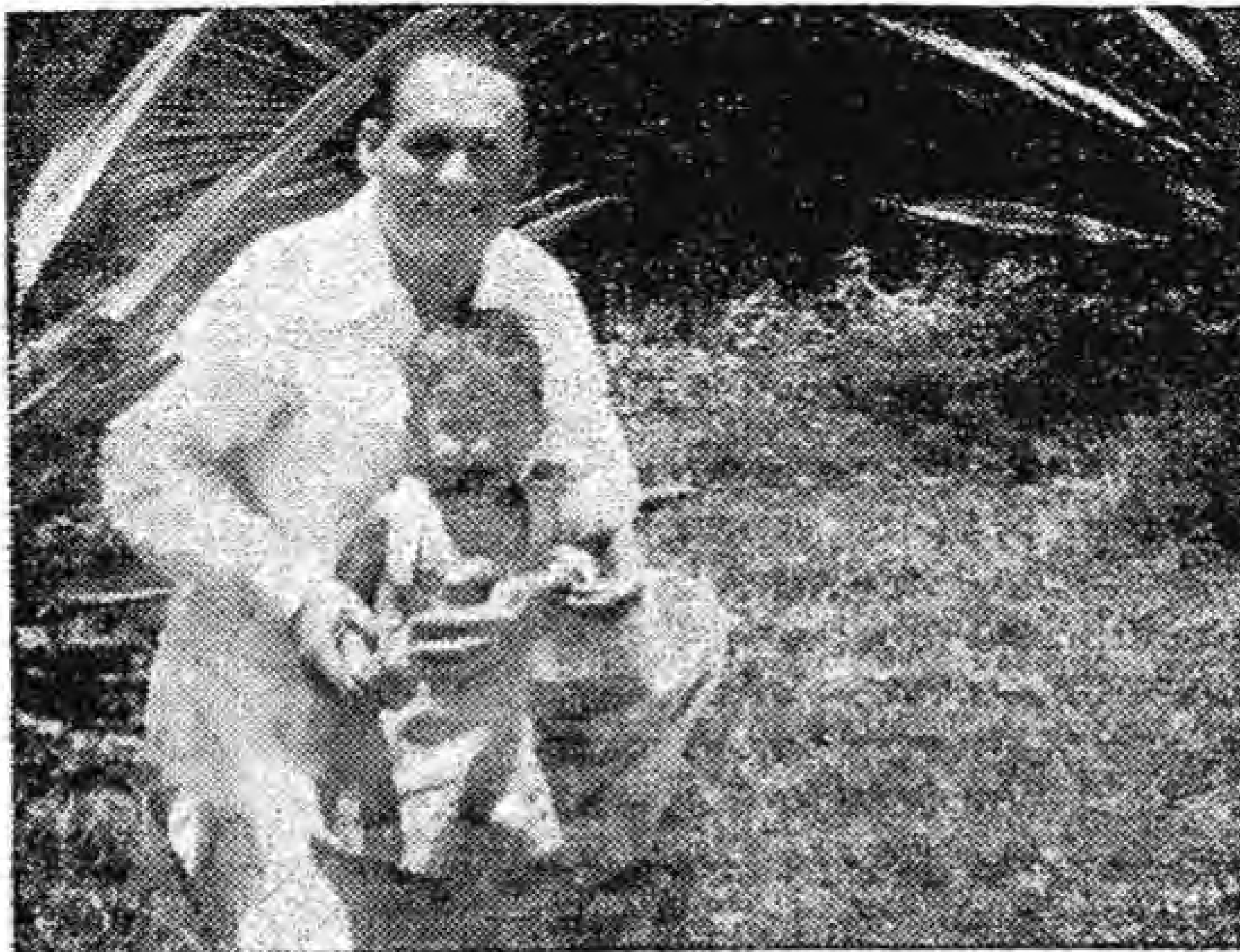
¿Se salvarán en tu viaje
las yerbas azules?
¿Los nácares
de las ondas trémulas
bajo el nocturno?
Porque ha mucho tiempo
en el horizonte de su piloto
cubre una herida
de franjas hechizadas de velas,
de modo que de la razón honda
de los quejidos
se desprende la tierra amaranto
de donde crece
el desgarramiento
del instante perdido
y del altesonado bosque hundido
que suena en la penumbra
de su niebla,
entre el rosa de su flauta
y los helechos que se conmueven
plácidos en la finísima seda
del silencio!

El buho de los amarillos
entra a la noche de sus Miedos
e interroga a sus grandes árboles:
el Morado, el Azul y el Cárdeno.

Y he aquí las verdosas sirenas
y los peces turquesas que cuelgan
mientras las mariposas
de lacio vello tornasol
salpican el estupor
del umbral volando,
y las culpas no están, no existen,
pero deben de residir,
y van, van salvadas
en la luz de la sangre
iluminándonos!
Porque el manuscrito
de esta tarde
de larga mirada
de enseñanza vana,
de lentos pueblos oscuros
en violeta dorándose
se humedece tembloroso
al caer, desgajándose
sus pétalos, sonando éstos
sordamente, gravemente,
con las lentas campanas del polvo, flotando,
hundiéndose.

No es tu amor. Es el suyo
alcanzándote. Todavía el crujir
del traje de lo morado
del crepúsculo,
desempolvando las cuerdas
de las caídas,
en la romanza
de su rosa marchita,
entrando al océano abierto de lo eterno!

Por: Cleva Solis



"es porque ya lo que de mí perece halló compensación más duradera". El paseo era para ambos la misma emoción, la misma sorpresa.

tando en Santa Clara? Solamente al lado de Antonia puedo atenderme un poquito. ¡Que riqueza envidiable tener menos de treinta años y buena salud!

Pienso en mi hijo que habría de ser mi verdadera obra y todo mi tesoro. Cuando pasen los años y tu tengas mi edad y te lo encuentres en la vida, tiéndele la mano y hazle ver lo poco bueno que viste en mí y cuanto lo quise y cuanto he dignificado mi vida por alzarlo a él. La menor delicadeza que tengas por esa criatura te será anotada en el libro imborrable.

Un párrafo más abajo dice:

Los dramaturgos y los poetas son santos desesperados que no pudieron llegar a la santidad y la buscan por todos los caminos casi siempre por los que menos conducen a ella. Que muestra ternura y comprensión los salve ya que no los puede justificar!

El 22 de Agosto de 1954, viente días antes de su muerte, dice:

Querido Armando:

No sé ni con qué espíritu te escribo. La enfermedad ha echado por tierra muchas de mis aspiraciones o mejor dicho, todas las que hasta ahora tenía. Ca ne marche pas bien. Me he quedado solamente con los buenos recuerdos, que son pocos y con la fe en esa vida mejor que no abandona a los que como en el Apocalipsis quieren "morir en la paz del señor". La escritura lo dice: Beati morti qui in Domino moriuntur". Dicha en la lengua oficial de la Iglesia la frase cobra todo su prestigio, toda su fuerza.

Si no me sintiera tan mal, me alegraría por otra parte de mi enfermedad. He adelgazado hasta pesar 127 libras. La gordura siempre parece innoble y además es cebo de la envidia. Aunque sea uno el envidiado, no es bueno gozarse en la desdicha ajena. Otra cosa buena de mi enfermedad es que debo ayunar aunque sea a la fuerza. Vaya por todas las veces que no lo hice. Se vuelve uno más decente, prescinde de muchas cosas innecesarias. Quizás un chusco añada a esto aquello de que "el que no se consuela es porque no quiere". Lo cierto es que la enfermedad puede ser un cristal para mirar las cosas en su verdadero valor. John Donne escribió hace años unas meditaciones muy profundas para cuando uno se encuentra enfermo. Parecen salidas de una pluma católica...

Mi hijo anda por Amaro tomando las aguas en compañía de su grandmere. Yo me alegro de que esté en un lugar agradable, lejos del calor de la población y del ambiente de esta casa donde me miraba en una cama de enfermo y con un balón de oxigeno al lado, quejándome muchas veces de la respiración y otros fenómenos consiguientes a mi estado cardíaco. Acá te tengo el libro con las preguntas y respuestas referentes a la Iglesia. Acaso puedas ir un día a hacer un retiro al monasterio de Getshemani en Kentucky. Es un lugar donde se trabaja duro y se ora mucho. Los padres de allí pueden darle a un joven la mejor orientación para vivir en un mundo como el de hoy.

Antonita está bien. Luchando conmigo hasta que yo me recupere o me despida de este mundo tan querido a pesar de tan ingrato. Si ves a mi cuñado dale mis saludo; dile lo mal que ando pero que mi madre no se entere.

Termina débilmente, unos rasgos que yo no acertaría a definir. Algunas letras manchadas, humedas...

Mañana ingresaré de nuevo en una Clínica. He mejorado y espero acabar de curarme Dios mediante. Que mi madre no sepa nada. Ni mi hermana. Solamente mi cuñado. Tú recibe un abrazo de Emilio.



"Pienso en mi hijo que habría de ser mi verdadera obra y todo mi tesoro" *(Carta)*

"Solo, —exacto— en los límites del tiempo".



NOCTURNO Y ELEGIA

SI pregunta por mí, traza en el suelo
una cruz de silencio y de ceniza
sobre el impuro nombre que padezco.
Si pregunta por mí, di que me he muerto
y que me pudro bajo las hormigas.
Dile que soy la rama de un naranjo,
la sencilla veleta de una torre.

No le digas que lloro todavía
acariciando el hueco de su ausencia
donde su ciega estatua quedó impresa
siempre al acecho de que el cuerpo vuelva.
La carne es un laurel que canta y sufre
y yo en vano esperé bajo su sombra.
Ya es tarde. Soy un mudo pececillo.

Si pregunta por mí dale estos ojos,
estas grises palabras, estos dedos;
y la gota de sangre en el pañuelo.
Dile que me he perdido, que me he vuelto
una oscura perdiz, un falso anillo
a una orilla de juncos olvidados:
dile que voy del azafrán al lirio.

Dile que quise perpetuar sus labios,
habitar el palacio de su frente.
Navegar una noche en sus cabellos.
Aprender el color de sus pupilas
y apagarme en su pecho suavemente,
nocturnamente hundido, aletargado
en un rumor de venas y sordina.

Ahora no puedo ver aunque suplique
el cuerpo que vestí de mi cariño.
Me he vuelto una rosada caracola,
me quedé fijo, roto, desprendido.
Y si dudáis de mí creed al viento,
mirad al norte, preguntad al cielo.
Y os dirán si aún espero o si anochezco.

¡Ah! Si pregunta dile lo que sabes.
De mí hablarán un día los olivos
cuando yo sea el ojo de la luna,
impar sobre la frente de la noche,
adivinando conchas en la arena,
el ruiseñor suspenso de un lucero
y el hipnótico amor de las mareas.
Es verdad que estoy triste, pero tengo
sembrada una sonrisa en el tomillo,
otra sonrisa la escondí en Saturno
y he perdido la otra no sé dónde.
Mejor será que espere a medianoche,
al extraviado olor de los jazmines,
y a la vigilia del tejado, fría.

No me recuerdes su entregada sangre
ni que yo puse espinas y gusanos
a morder su amistad de nube y brisa.
No soy el ogro que escupió en su agua
ni el que un cansado amor paga en monedas.
¡No soy el que frecuenta aquella casa
presidida por una sanguijuela!

(Allí se va con un ramo de lirios
a que lo estruje un ángel de alas turbias).
No soy el que traiciona a las palomas,
a los niños, a las constelaciones...
Soy una verde voz desamparada
que su inocencia busca y solicita
con dulce silbo de pastor herido.

Soy un árbol, la punta de una aguja,
un alto gesto ecuestre en equilibrio;
la golondrina en cruz, el aceitado
vuelo de un buho, el susto de una ardilla.
Soy todo, menos eso que dibuja
un índice con cieno en las paredes
de los burdeles y los cementerios.

Todo, menos aquello que se oculta
bajo una seca máscara de esparto.
Todo, menos la carne que procura
voluptuosos anillos de serpiente
ciñendo en espiral viscosa y lenta.
Soy lo que me destines, lo que inventes
para enterrar mi llanto en la neblina.

Si pregunta por mí, dile que habito
en la hoja del acanto y en la acacia.
O dile, si prefieres, que me he muerto.
Dale el suspiro mío, mi pañuelo;
mi fantasma en la nave del espejo.
Tal vez me llore en el laurel o busque
mi recuerdo en la forma de una estrella.

Emilio Bällagas

que no se perdonaba sus divisiones, sus sucesivas lealtades, su fidelidad temblorosa; que batallaba tenazmente por darle orden, forma, equilibrio y grandeza a su vida. Había fundido admirable y riesgosamente su vida con su poesía, y buena parte de esa poesía le recordaba siempre, fascinándolo a la vez con su belleza, las caídas de su vida. Así como su conversión, su poesía había seguido haciéndose en el sentido de la *ascesis*, del despojo, del abandono. Había salido de un mundo frutal ("que me cierren los ojos con uvas") y recorrido un viaje en que los sentidos reclamaron y obtuvieron la mejor parte. Pero debió después escoger, separar, ordenar: no sé ya, y no por casualidad, si hablo de su poesía o de él. No es huera retórica: estaba fundido, confundido con su palabra poética: imagen espléndida y dolorosa de un poeta lírico, que aun cuando va a hablar de otro, del otro por excelencia, se encuentra hablando de sí: "el que esconde los húmedos ojos avergonzados".

Otra vez un nombre

Me encontré hace pocos días —me decía una mañana— con un alumno del Instituto. Al saber mi nombre, el muchacho me dijo: "¿Ballagas? ¿Pero usted nó está muerto? ¡Si a usted lo llevamo en el programa!" Le produjo la anécdota la natural desazón. Ahora otros muchachos encontrarán ese nombre entre sus papeles. Ya no tendrán la alegría de descubrirlo fuera de los libros de texto, en las lecturas gustosas, las que no hay que realizar por obligación, las que se hacen en el patio ruidoso bajo los árboles del parque; las que se discuten, atacan y defienden en las inacabables caminatas que sustituyen, con frecuencia ventajosamente, a las clases. Encontrarán ese nombre en un libro, cerrado el paréntesis que Yeats veía abierto como una sombría boca voraz al lado de los nombres ilustres: (1908-1954). Lo siento sobre todo por ese joven poeta que no tendrá la dicha de visitar luego la casa modesta, de ver salir al hombrecito, de tenderle la mano con admiración; que no tendrá el privilegio de conversar largamente y oír la voz del gran poeta Emilio Ballagas.



Nueva York. Central Park. Crane, Hopkins, Merton y el alumno poeta ciego Fred K. Tarrant.

ELEGIA SIN NOMBRE

«But now I think there is no unreturn-d love, the pay is certain one way or another, (I loved a certain person ardently and my love was not returned, Yet out of that I have written these songs)».
Walt Whitman.

«Mas ¿qué importa a mi vida las playas del mundo?
Es ésta solamente quién clava mi memoria?»
Luis Cernuda



DESCALZA arena y mar desnudo.
Mar desnudo, impaciente, mirándose en el cielo.
El cielo continuándose a sí mismo,
persiguiendo su azul sin encontrarlo
nunca definitivo, destilado,

Yo andaba por la arena demasiado ligero,
demasiado dios trémulo para mis soledades,
hijo del esperanto de todas las gargantas,
pródigo de miradas blancas, sin vuelo fijo.

Se hacían las gaviotas, se deshacían las nubes
y tornaban las olas a embestir a la orilla.
(Tanta batalla blanca de espumas. desatadas
era para cuajar en una sola concha, sin imagen de nieve
ni sal pulida y dura).

El viento henchía sus velas de un vigor invisible,
danzaba olvidadizo, despedido, encontrado
y tú eras tú.
Yo aún no te había visto.

Hijo de mi presente —fresco niño de olvido—
la sangre me traía noticias de las manos
Sabía dividir la vida de mi cuerpo como el canto
en estrofas:
cabeza libre, hombros,
pecho,
muslos y piernas estrenadas.
Por dentro me iba una tristeza de lejanas
de extraviadas palomas,
de perdidas palabras más allá del silencio,
hechas de alas en polvo de mariposas
y de rosas cenizas ausentes de la noche...
Girasol en los sueños: aún no te había visto.
Imán. Clavel vivido en detenido gesto.
Tú no eras tú.

Yo andaba, andaba, andaba
en un andar en andas más frágil que yo mismo,
con una ingravidez transparente y dormida
suelto de mis recuerdos, con el ombligo al viento...
Mi sombra iba a mi lado sin pies para seguirme,
mi sombra se caía rota, inútil y magra;
como un pez sin espinas mi sombra iba a mi lado,
como un perro de sombras
tan pobre que ni un perro de sombras le ladraba.

¡Ya es mucho siempre siempre, ya es demasiado
siempre,
mi lámpara de arcilla!
¡Ya es mucho parecerme a mis pálidas manos
y a mi frente clavada por un amor inmenso,
frutecido de nombres, sin identificarse
con la luz que recorta las cosas agriamente!
¡Ya es mucho unir los labios para que no se escape
y huya y se desvanezca
mi secreto de carne, mi secreto de lágrimas,
mi beso entrecortado!

Iba yo. Tú venías,
aunque tu cuerpo bello reposara tendido.
Tú avanzabas, amor, te empujaba el destino,
como empuja a las velas el titánico viento de hombros
estremecidos.
Te empujaban la vida, y la tierra, y la muerte
y unas manos que pueden más que nosotros mismos:
unas manos que pueden unirnos y arrancarnos
y frotar nuestros ojos con el zumo de las anémonas...
La sal y el yodo eran; eran la sal y el alga;
eran, y nada más, yo te digo que eran
en el preciso instante de ser.
Porque antes de que el sol terminara su escena
y la noche moviera su tramoya de sombras,
te ví al fin frente a frente,
seda y acero cables nos tendió la mirada
(Mis dedos sin moverse repasaban en sueños
tus cabellos endrinos).

Así anduvimos luego uno al lado del otro,
y pude descubrir que era tu cuerpo alegre
una cosa que crece como una llamarada que desafía
al viento,
mástil, columna, torre, en ritmo de estatura
y era la primavera inquieta de tu sangre
una música presa en tus quemadas carnes.

Luz de soles remotos,
perdidos en la noche morada de los siglos,
venía a acrisolarse en tus ojos oblicuos,
rasgados levemente
con esa indiferencia que levanta las cejas.
Nadabas,
yo quería amarte con un pecho
parecido al del agua; que atravesaras ágil,
fugaz, sin fatigarte. Tenías y aún las tienes
las uñas ovaladas,
metal casi cristal en la garganta
que da su timbre fresco sin quebrarse.
Sé que ya la paz no es mía:
te trajeron las olas
que venían ¿dé dónde? que son inquietas siempre;
que te vas ya por ellas o sobre las arenas,
que el viento te conduce
como a un árbol que crece con musicales hojas.
Sé que vives y alientas
con un alma distinta cada vez que respiras.
Y yo con mi alma única, invariable y segura,
con mi barbilla triste en la flor de las manos,
con un libro entreabierto sobre las piernas quietas.
te estoy queriendo más,
te estoy amando en sombras,
en una gran tristeza caída de las nubes.
en una gran tristeza de remos mutilados.
de carbón y cenizas sobre alas derrotadas...

Te he alimentado tanto de mi luz sin estrías
que ya no puedo más con tu belleza dentro,
que hiere mis entrañas y me rasga la carne
como anzuelo que hiere la mejilla por dentro.
Yo te doy la vida entera del poema:
No me avergüenzo de mi gran fracaso,
que de este limo oscuro de lágrimas sin preces,
naces —dalia de aire— más desnuda que el mar
más abierta que el cielo;
más eterna que ese destino que empujaba tu presencia
a la mía
mi dolor a tu gozo.

¿Sabes?
me iré mañana, me perderé bogando
en un barco de sombras,
entre moradas olas y cantos marineros,
bajo un silencio cósmico, grave y fosforescente...

Y entre mis labios tristes se mecerá tu nombre
que no me servirá para llamarte
y lo pronuncio siempre para endulzar mi sangre,
canción inútil siempre, inútil, siempre inútil,
inultimente siempre.

Los pechos de la muerte me alimentan la vida.

Emilio Ballagas

samuel feijóo:

IMPRESIONES DE EMILIO BALLAGAS



"Solitario de luz, sol que no arde" Fueron el paisaje y la atmósfera de Nueva York su amistad más legítima. Allí, encontró a Antonia.

Vi a Emilio Ballagas por primera vez en una visita que le hice, en la ciudad de Santa Clara, en 1938. Ballagas por entonces desempeñaba la cátedra de Literatura Cubana en la Escuela Normal para Maestros de esa ciudad. Le visitaba porque gustando de su poesía deseaba conocer su sabiduría mediante una entrevista bien meditada. Cuando me anuncié me hallaba de veras muy curioso de escuchar al poeta de los versos ingrávidos de la "noche de esta noche".

Al momento llegó y me hallé ante un hombrecillo joven, de fácil palabra, curioso también, que hablaba de sí sin la menor interferencia y con rápida agudeza. Por esa fecha Ballagas contaba treinta años de edad, pero estaba enriquecido con una obra poética muy apreciada en nuestro reducido y bullidor mundo de bardos y estetas. Iba yo a entrevistarle para mí, libreta en mano: una entrevista pura, pues. Entrevista de la pura gana de un joven amoroso de la poesía insular más profunda. Cuando me vió mal armado del lápiz y el libretín medio que se complació, medio que se picó.

Preguntó poco por mi, por lo que hacía, obra etc., y eso me gustó al cabo. El poeta iba directo a su sí y sus quehaceres en un momento grande de suyo, tenso y enamorado de su creación mayor. Fui afortunado. A mediados de la charla, el poeta en su estusiasmo, se fué a buscar las pruebas de planas de su ya clásico *Nocturno y Elegía*, poema que iba a entregar en breve formato. Me lo mostró, me lo leyó y pidió mi parecer, muy seriamente. Tuve el ingenuo honor de que fueran mis ojos los primeros que vieran las estrofas delicadas impresas, conociendo de este modo los graciosos versos en su cuerpo tipográfico definitivo.

De esta entrevista, jamás publicada, llena del pensamiento crítico, literario, político, etc. de Ballagas, por aquella época grande suya, en alguna ocasión copiaré alguna partes, de absoluta vigencia. Ballagas la tuvo en su poder e hizo gestiones para publicarla, "en dos entregas", en la prensa habanera, pero la prensa habanera no tenía el menor interés en ocuparse de los hombres importantes en la poesía o en la creación artística secreta y poderosa del país, y Ballagas no pudo verla impresa jamás.

Un tiempo después me lo topé en la redacción del periódico "El Mundo" cuyo magazine dominical dirigía el poeta Tallet y donde colaboraba yo. No sé a qué habia ido él; la cuestión es que salimos del periódico juntos. Ballagas me convidó a comer. Me llevó a una fonda de barrio no recuerdo en qué calle. Lo que no olvido nunca es la conversación basada en Rilke. Mientras comíamos llegó una negrita veinteañera, graciosa, muy pintados los labios y zalemerona. Saludó a Ballagas mimosa como una niña y se le sentó en las piernas sin más preámbulos. Ballagas medio que se picó, pero la afectuosa negrita inició un breve concierto de risas y el pequeño malestar se disipó. Estuvo sentada en sus piernas mientras Ballagas sorbía la sopa, complacido. Los demás comensales tiraban su reojazos y yo me divertía con la situación del fino poeta.

Se fue la pegajosa dama y Ballagas me habló entonces de su amor a la raza negra, de sus poemas negros, y de cómo había arrollado detrás de una comparsa en Santiago. Para romper cualquier desconfianza mía sobre su facultad de arrollar como és me ponderaba con exaltación las delicias que experimentó de comparsero agregado. Comenzó a hablarme de Bethoven, ya andando rumbo a su casa en la calle Estrella, donde vivia por entonces. Su rostro contento en la conversación cambió de pronto y el tono de su voz se hizo áspero al recordar los ataques con que frecuentemente le dardeaba la tribu inhóspita y amarilla denominada "La roña de los Letrados", Poetas o no, enemigos, le acusaban, le intrigaban, le publicaban críticas terribles etc. Ejercitándose placenteros en lanzar el lodo (de chiqueros de puercas) con que se ejercita alegremente la tal roña alrededor de algunos poetas. Ballagas era débil ante el ataque: muy débil, se le dañaba fácilmente. Le dolía mucho la agresión a su poesía, la intriguilla, el chismito, la lengüita sonrosada juzgadora. Esto lo hizo desgraciado. Pero se defendía arrojando clavas furentes y macanazos liliáceos también.

Le vi otras veces. En una de ellas me leyó versos ingenuos a su pequeño hijo, admirándome por su constancia en la escritura de poemas. Me escribía a veces sobre algún trabajo, poesía o ensayo míos que le gustaran. Cierto día me hizo unas letras pidiéndome un dibujo, para el cual me dió tema: un ángel "cubano" de navidad cubana, para la portada de una revista ("Magazine Social") cuya dirección literaria le pertenecía. Lo complací y el dibujo ilustró la portada.

Otra vez me sorprendió enviándome una décima que él llamaba "campesina"... Género que Ballagas no había cultivado nunca antes, respondiendo así al envío de mis cuadernos de "Décimas de la tierra". En la carta me afirmaba: "Yo también soy un poeta campesino". He aquí la décima:

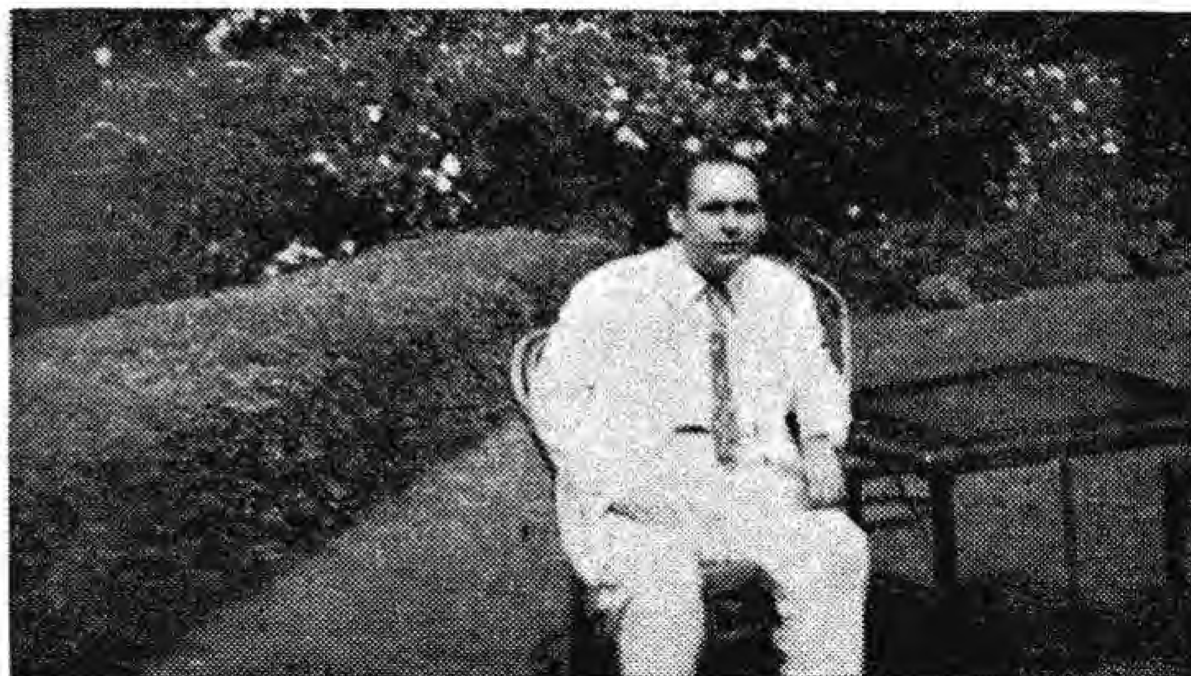
TOMEGUIN

Tomeguín, punto encendido
entre naranja y follaje.
Ojo en ascua del paisaje,
o pincelada al descuido.
Hacia tu triunfo nacido
entre musgo y agua clara
el viento vuelve la cara
y mojado de tu acento
es ya más violín que viento.
(La luz rendida se para).

Días después escribí una décima sobre su tomeguín, la que no le envié nunca, no se por qué. Ella es:

TOMEGUIN DE LETRAS

Literario tomeguín
que muestras, abierto el sobre,
linda gorguera de cobre
y crespo todo el flautín
sabanero. Tu trajín
cantarino e intranquilo
queda bien en el sigilo
gentil del que con su esmero
cifrara en corto letrero
tu ligerísimo estilo.



"Sin ventana ni flor ni libro en que apoyarme"

El Instituto para la Educación de los Ciegos fué un largo y acogedor retiro.